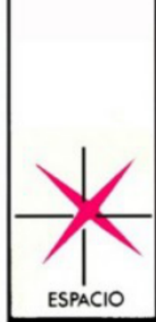


MONSTRUO MITICO

PETER KAPRA

R. CORTIELLA

PETER KAPRA

Monstruo mítico

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Dep. Legal: B.-18.804— 1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

INTRODUCCION

El primer mensaje que surcó el cosmos aquel día 8 álgido del año 100 D-13 (la nueva medida de tiempo universal, y que correspondía al 8 de agosto del año 2512 después de J. C.), fue así:

«EMHA - KÑFIORN - JQLCPBD - G»

Las autoridades que regían entonces los mundos del sistema Solar fueron informadas, como otras veces, y los criptógrafos se devanaron los sesos pretendiendo descifrar su significado. Solamente pudieron averiguar que dicho mensaje procedía de una región sideral situada en los confines de la Galaxia. Nada más.

Cinco días más tarde, desde otra región completamente distinta se radió al cosmos, por medio de potentes fluctuaciones luminosas, un segundo mensaje en idioma francés moderno que decía:

«Busque material en Zánope. Urge actúe ciudad Venus sin medios meteóricos. Nos en ese a reparar 33 gladys. Sirta»

Captado por los radarscopios de vigilancia espacial, este nuevo mensaje, como muchos otros escuchados anteriormente, fue remitido al Instituto Criptográfico de Mongolia. Allí tenían copia de todos aquellos mensajes y se confrontaban.

El jefe del Instituto, un célebre pensador tibetano, llamado Agh Kedada, había coordinado aquellas palabras por medio de un cerebro electrónico, y descubierto que las palabras Zánope, Gladys y el número 33 se repetían casi siempre en todos los mensajes.

¡Lo que no había pensado nunca Agh Kedada fue ligar los mensajes iniciales compuestos de letras deshilvanadas y sin coherencia con los mensajes escritos en francés, y también sin sentido!

La idea la facilitó una muchacha del Servicio de Investigación Espacial, enterada del asunto, quien cayó en la cuenta de que el número de orden de la primera letra del mensaje «A» -como se llamó al de las letras sin sentido- coincidía con la radiación fluctuada del mensaje «B» -el escrito en francés moderno-, contando los días a partir de cursado el primer mensaje.

La agente «Vera» se lo explicó así a Kedada en Irkutsk, la gigante ciudad oriental que se alzaba frente al lago Baikal, sede del Instituto Criptográfico.

-La primera letra de mensaje «A» indica el día, por el número de la letra, en que será radiado el mensaje coincidente con éste. Vea usted. Este último que empieza por «EMHA» se captó en el radarscopio el día 8 álgido. Y cinco días después se captó por fluctuación luminosa el otro mensaje escrito en francés que dice: «Busque material en Zánope. Urge actúe ciudad Venus sin medios meteórico. Nos en ese a reparar 33 galdys. Sirta»

-Estudié todos los sentidos de esas palabras en un vasto diccionario francés -aseguró Agh Redada-. Pero no ha hallado nada singular. He combinado las palabras más de cien modos distintos. Como desconozco el sentido tengo unos cuantos mensajes probables... Pero ninguno coordina.

-Con esta clave primera tenemos el verdadero significado señor Kedada -afirmó sonriente la muchacha del Servicio de Investigación Espacial-. Atienda. El mensaje «A» sirve para poner en orden las palabras del mensaje «B». Así, empiece a escribir en primer lugar una letra encima de cada palabra por el mismo orden en que vienen en el mensaje «A».

Agh Kedada obedeció, y monologó mientras escribía:

-La «e» sobre «busque»; la «eme» sobre «material»; la «hache» sobre «en»... ¿Así, señorita?

-¡Exactamente! -respondió la singular mujer con ojos brillantes.

Terminó el criptógrafo de señalar las palabras y luego levantó sus ojos fatigados hacia ella.

-Y ahora, ¿que?

-¡Ahora sólo tiene que leer el mensaje por orden estrictamente alfabético! La palabra correspondiente a la «A» en primer lugar, luego la «B», la «C», ¡Léalo, por favor; verá usted el sentido exacto del mensaje!

Perplejo, el pensador tibetano obedeció a «Vera» y leyó lo siguiente:

-«Zánope 33 a Gladys - Busque ciudad Sirta en Venus - Nos urge ese material meteórico - Actúe sin reparar en medios.»

-¿Qué le parece, señor Kedada? -preguntó la mujer inclinándose sobre la mesa donde escribía y leía el tibetano.

-¡Fantástico!... ¡Esto si que parece tener sentido! ¿Cómo se le ocurrió ligar los mensajes?

-Pura intuición, profesor... ¡pura intuición!

* * *

De este modo, el Servicio de Investigación Espacial supo que alguien que se hacía llamar «Zánope 33» dirigía a alguien ubicado en el Sistema Solar y conocido con el nombre de «Gladys» mensajes que podían calificarse de «extraños».

¿Quiénes eran «Zánope 33» y «Gladys»? ¿Agentes de enlace dedicados a actividades de espionaje al servicio de algún gobierno extragaláctico?

El Servicio de Investigación Espacial, o «S.I.E», pronto formó una conjetura: «Gladys» era un espía que actuaba en alguna parte del Sistema, y la última orden recibida le ordenaba buscar la ciudad de Sirta, en Venus.

¡Aquello era una buena pista para localizar a «Gladys»!

La Jefatura del «S.I.E» dio una orden: la agente «Vera», cuya intuición había sido decisiva para desentrañar los mensajes, y el agente «Zenith» debían trasladarse inmediatamente a Venus. El objetivo era Sirta y capturar a «Gladys».

Muchos del «S.I.E.» creían que «Gladys era una mujer. ¡Pero esto no demostraba nada! Lo que pronto quedó demostrado era que «Gladys» poseía una vasta organización, con esotéricas ramificaciones, ¡y un coordinador admirable!

CAPÍTULO I

La mujer siempre había sida un elemento inquietante para Arno Ritter, el «Gladiador Germano», como le decían en las Fuerzas Astronáuticas. Una mujer había sido la causante de que Arno se alistara voluntario a las fuerzas expedicionarias de Plutón, aquel planeta metálico en los confines del Sistema.

Allí cambió radicalmente la vida de Arno. Y conservó el cerebro intacto por puro milagro, puesto que su cuerpo lo habían compuesto los médicos en varias ocasiones. Tanto es así que, a excepción de su «siquis», todos sus miembros habían sido injertados: sus piernas, sus brazos, su estómago, incluso su órgano cardíaco había sido sustituido por otro nuevo.

Una granada radioactiva le contaminó piernas y brazos. Trasladado a un hospital se le pusieron nuevos miembros. Regresó al área de la guerra. Ahora fue un cascote de acero el que reventó su coraza protectora y le hendió el pecho. Una astronave hospital le acogió y nuevos médicos le cambiaron medio pecho junto con la víscera cardíaca.

Con su corazón nuevo, Arno volvió a la pelea. Aquella tercera caída le valió el retiro.

-He tenido suerte -dijo Arno Ritter-. Esta vez me han destrozado el estómago. Pero ahora que estoy curado, como con más apetito que antes.

Y sus tres discos rojos sobre los galones de oficial le valieron a Ritter para ingresar en el cuerpo más ambicionado de aquella época: ¡en las Fuerzas Astronáuticas!

Hubo de estudiar, ¡qué duda cabe!, y con bríos. Pero consiguió el título valioso de piloto astronáutico, lo que representaba un sueldo de «3.000 bonos adquisitivos» mensuales, sueldo verdaderamente estratosférico, puesto que con cien «bonos» se podía vivir holgadamente en cualquier lugar del sistema solar.

Y otra mujer abrió el primer expediente al «Gladiador Germano», lo que le ocasionó un verdadero quebranto, pues en castigo, el tribunal militar condenó a Ritter a las patrullas del cosmos durante seis meses.

Y cuando en las Fuerzas Astronáuticas se ha expedientado a un

hombre parece como si todos le mirasen con desconfianza. Cumplido el oprobioso castigo -oprobioso y peligroso-, Arno Ritter regresó malhumorado a Kach, la gigantesca capital de Venus.

Allí tuvo la mala suerte de enterarse que su comandante había sido destinado a la Tierra, y en su puesto estaba el mayor Ngong-Huala, un hombre alto, de raza árabe, en cuyas venas debía correr la sangre de sus antepasados.

Mala suerte para Arno puesto que al retirar los «bonos» acumulados en habilitación durante sus seis meses de castigo en las patrullas del cosmos se encontró allí a la bella mujer del mayor Ngong.

¡Esta fue la última mujer inquietante con quien tropezó Arno en su vida!

Arfa Ngong-Haala era inmensamente bella. Vestía un ceñido traje semitransparente y realzaba su encanto un peinado en espiral, elevadísimo, unos ojos enormes y negros como la noche que Arno tanto conocía, ¡ojos con sus estrellas propias!, y una boca hechicera.

Se volvió la mujer cuando Arno entró en la vasta oficina de pagaduría. Él la miró con embobada expresión. Ella sonrió con femenina coquetería.

Bueno, lo de siempre. Después del primer beso en un club de la ciudad, dos días más tarde, a Ritter le importó un bledo que fuese la mujer del mayor Ngong-Huala. Pero al mayor sí pareció importarle, y no porque su mujer fuese más o menos fiel, sino porque Arno Ritter tenía mala reputación.

Ngong-Huala pudo haber matado a Ritter en el acto, y, posiblemente, no le habría sucedido nada. Pero conservó la calma e hizo más daño aún a Ritter. Consiguió expulsarlo de las Fuerzas Astronáuticas. Y aquella expulsión tenía el cariz de ser definitiva.

Enfurecido, el mayor Ngong-Huala dijo al erguido piloto que tenía ante él, en su despacho, custodiado por dos centinelas:

-¡Tendría mucho gusto en electrocutarle, Ritter!

-Ignoraba que Arfa fuese su mujer, mayor -respondió gravemente Arno-, Pero si lo hubiera sabido habría sido exactamente igual. También ignoraba que fuese casada. Por lo tanto, no tengo nada que reprocharme.

Al mayor Ngong-Huala pareció darle un ataque de apoplejía, pero se mordió los labios y tendió a Ritter el papel azul que tenía sobre la mesa:

-¡Tenga, ahí tiene la expulsión de las Fuerzas Astronáuticas! ¡Es todo cuanto he podido conseguir para hundirle!...

-¿Algo más? -preguntó rígidamente Arno.

Ngong-Huala pareció querer fulminar al joven con la mirada. Sus manos se crisparon hasta que los nudillos se hicieron blancos. Y barbotó:

-¡Nada, márchese! ¡Y procure no tropezarse conmigo en la ciudad!

* * *

De su breve devaneo con Arfa Ngong-Huala, Arno Ritter sacó una situación difícil y la pérdida de más de diez mil «bonos adquisitivos». Kach era una ciudad llena de atractivos con todo lo malo y lo bueno que puede tener una gran metrópoli interplanetaria.

En pocas salidas con Arfa menguó sus «bonos» de un modo considerable. Ahora, después de su breve encierro por intento de adulterio, sólo le quedaban unos seis mil.

Aquella misma noche, en un depravado lugar del viejo suburbio de Kach, morada de hombres pardos y azules, «kachs» y «drots», bebiendo el té venusino y jugando a la moderna ruleta electrónica, perdió el resto.

Al día siguiente, torpe la cabeza y arrugado el ceño, se encontró pobre y sin un céntimo. Ni siquiera le quedaba para pagar en el hotel donde se había alojado al salir de las Fuerzas Astronáuticas.

Así, pues, ni se molestó en regresar al sector terrestre. Todo le daba igual. Su horizonte en la vida había desaparecido. Se dedicó a recorrer antros y lugares de mala catadura, aceptó dinero de una muchacha amiga de pilotos y, al tercer día conoció a Jean Verteau.

Aquel encuentro había de tener mucha significación en la vida de Arno Ritter. Jean parecía un desecho de los navíos siderales, sin embargo, era un personaje tenebroso.

Estaba Arno sentado en un tugurio de licores, sentado en una mesa metálica, al pie de una escalera automática y vieja que conducía al piso superior, de donde procedía un enorme ruido de jóvenes alocados bailando, cuando alguien se detuvo ante él.

Era Jean Verteau, rubio y con barba. Vestía una especie de clámide ajada y llevaba a la espalda la bolsa característica de los buscadores de piedras.

Arno pensó que aquello era un disfraz, y que Verteau, jamás había escarbado los meteoros del cinturón allende a Marte.

-¿Me dejas sentarme contigo, muchacho?

Entre cien clientes que había, aproximadamente, en el tabuco[1], Arno y Verteau eran los únicos terrestres. Todos los demás eran venusinos de raza parda o azul, que diferían unos de otros por el acusado color de su piel, de lo cual recibían el nombre.

También su anatomía difería algo de la raza terrestre, pero no

mucho. Tenían ambos las cabezas algo más pequeñas, la mandíbula más hundida y los ojos también. Se movían con irregular torpeza y desde hacía bastantes años habían aprendido a transigirse mutuamente.

Severas leyes acabaron con los odios raciales. Pese a ello, los moradores de Venus se consideraban un tanto oprimidos por los «colonizadores» como llamaban a los terrestres. Aparte de todo esto, los «desheredados», como parecían Arno Ritter y Jean Verteau, eran acogidos con indiferencia por pardos y azules cuando transitaban por sus barrios.

-¿No tienes sitio por ahí? -retrucó Arno, de mal talante.

-No me gusta la compañía de esta gente.

-Pues siéntate... ¡Qué más da! Si piensas sacarme algo te equivocas. No hace seis días, era uno de los hombres más ricos de Kach. Ahora no tengo ni un condenado «bono».

-¡Bah, dinero! -exclamó Jean Verteau-. ¿Por qué hemos de preocupamos de eso?

Arno le miró con interés.

-¿Por qué? Si tuviera cincuenta mil «bonos» me largaría a la Tierra. Prefiero más aquel clima tórrido septentrional que toda la niebla pegajosa y húmeda de este mundo de relámpagos.

Jean rió entre dientes e hizo una seña al camarero.

-Un té sin azúcar -pidió. Luego se acodó sobre la mesa y miró fijamente a Ritter.

-¿Cincuenta mil «bonos» amigo?... ¿Acaso le gustaría ganarlos fácilmente?

Arno ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Conocía cierta clase de chiflados en cuyos tipos encajaba perfectamente el hombre rubio y barbudo que tenía ante sí.

-¿Qué ha hecho usted con su escafandra? Cuando yo era piloto de las patrullas del cosmos, vi muchos hombres como usted hurgando en los pedruscos que orbitan más allá de Marte.

Jean Verteau sonrió y alargó la mano, tomando el té que le tendía el camarero pardo. Cuando éste se hubo alejado, agregó:

-Es muy arriesgado aquello, amigo... ¿Nos hablamos de tú?

-Sí, algunos me llamaban el «Gladiador Germano»...

-¿Oriundo de Alemania? -le cortó el otro-. Yo soy francés. Me llamo Jean Verteau y estoy buscando un socio.

-¿Aquí, entre esta gente?

-¿Por qué no? Alguien me habló ayer de un piloto expulsado de las Fuerzas Astronáuticas... ¿No es usted? -esta pregunta la hizo Jean mirando de un modo irónico a Ritter-. Cuando he dicho que puede

ganar cincuenta mil «bonos adquisitivos» he hablado en serio... ¡Y, tal vez mucho más!

Bebió su té. Ahora fue Arno Ritter quien miró a su interlocutor con curiosidad.

-¿De qué se trata?... ¿Contrabando?

-¡Pshé! ¡Tal vez! -Jean miró con disimulo alrededor.

-Necesito un piloto. La nave, naturalmente, es robada. Pero a los fines que se destina el trabajo es puramente científico. ¡Espeleología pura!

-Es usted un hombre extraño... -empezó a decir Arno.

-¡Por favor, hábleme de tú! Adivino que te interesan esos «bonos». Yo también quiero volver a la Tierra. Pero el viaje es caro, muy caro. Salí de ella hace cinco años, con muchas esperanzas. Y he recorrido la mitad del cosmos sin conseguir hacerme rico. Ahora, con la «sirta» puedo conse...

-¿La «sirta»? ¿Qué es eso? -atajó Arno.

-Un mineral extraño. Ignoro en realidad de qué está compuesto. Unos geólogos terrestres tuvieron el acierto de descomponer una piedra meteórica de origen volcánico que impactó contra una cosmonave. Esto ocurrió hace bastantes años. Aquel pedrusco contenía «sirta».

»Es curioso, pero ese material tiene una propiedad maravillosa. Parece ser que prolonga la existencia de los seres. Bueno, esto es lo que tengo entendido.

Jean Verteau no parecía hablar en broma. Su modo de expresarse contradecía su aspecto. Ahora, Arno Ritter comprendió que se hallaba ante un extraño «pájaro» de plumaje singular. Le recordó, sin saber por qué, al pájaro-camaleón de Marte, cuya propiedad de cambiar de plumas le valió este nombre entre los naturalistas de cinco siglos atrás.

-¡Una cosmonave robada... «sirta», el mineral meteórico de cualidades longevas!... ¿No serás un tomador de pelos, Jean Verteau?

Jean bajó la voz para responder. Y dijo simplemente.

-No, no lo soy. Si te interesa el negocio dilo ahora mismo y te pondré al corriente del resto. Si no te interesa, mueve sencillamente la cabeza y me voy. No me volverás a ver más.

Pero Arno, sin saber por qué, como siempre que tomaba una decisión importante, respondió:

-Me interesa.

* * *

-Ésta es Lorna Schatz, también rubia, como tú y yo. ¡En este extraño negocio imperan los rubios!

Arno, encandilado, estrechó la blanca mano de la muchacha. Él creyó articular palabra; la verdad fue que balbuceó algo sin sentido, que quedó oculto por el cordial saludo de ella.

-Mucho gusto, señor Ritter... Perdone que le haya recibido con esta pistola. Le confieso que no sabría cómo utilizarla contra nadie.

Al decir esto, Lorna había dejado el arma sobre la superficie de aquella mesa transparente. Para recuperarse de la grata impresión, Arno estaba repasando la bien decorada estancia de aquel hotelito de las afueras de Kach, donde Jean Verteau le había llevado. También se fijó en el hombre cetrino que había en el canapé, inmóvil estático y mudo.

Tanto fue así que, al francés se lo presentó también.

-Éste es Hodinin. Nos servirá de algo. Cuando lleguemos a Sirta nos harán falta brazos.

-¿Quién hay más en el negocio?

-De momento, nadie -respondió.

Ahora, Arno Ritter miró abiertamente a la muchacha alta, de fuerte constitución y bien proporcionada, cuyos ojos claros y su cabello recortado a la moda, rubio y con matices azules, le fascinaban.

-¿Qué quiere decir con eso, señor Ritter?

-Encuentro esto... ¡No sé cómo decirles!... Algo turbio.

-Nada de eso -respondió rápidamente Lorna-. Nos encontramos en un apuro. Tenemos permiso para investigaciones espeleológicas. Soy doctora de la Universidad de Göteborg, en Suecia...

-¿Y les interesa la «sirta»?

Lorna Schatz miró rápidamente a Jean Verteau. Al mismo tiempo, Hodinin se puso en pie. Vestía al modo de los terrestres y sus características raciales le denunciaban como indio o malayo, o bien una mezcla de los dos. Desde luego, sus facciones eran orientales de la Tierra.

-¿No te has precipitado, Jean? -preguntó con voz tensa.

Por vez primera vio Arno el cuchillo, cuyo mango asomaba de su cinturón metálico de color azul.

-¡Bah, para qué andar con rodeos! -exclamó Jean-. Hemos de puntualizar bien las cosas desde el primer momento. Todos sabemos lo que buscamos y todos hemos de conocer nuestra misión.

Lorna miró a Hodinin. Luego, ambos miraron a Ritter.

-Estoy de acuerdo. Sólo falta puntualizar mis honorarios.

-Escuchémosle -sugirió Hodinin recostándose contra la mesa, cerca de donde Lorna había dejado la pistola electrónica.

-Tanto si encontramos ese material como si no -dijo taxativo Arno-, quiero los «bonos» suficientes para volver a la Tierra.

Nadie respondió de momento. Pero Jean, después de frotarse el mentón barbudo, respondió:

-Si lo encontramos tendrás mucho más que eso... Si no... ¡Bueno, la misma cosmonave puede servirte para regresar a la Tierra!

-¡Oh, no! Todas las patrullas del cosmos me perseguirían... Es una cosmonave robada.

-Bueno, no exageremos las cosas -intervino Lorna-. Será mejor que vayáis a buscar a Krox y yo hablaré con el señor Ritter. Creo conveniente una aclaración.

-Sí -dijo Hodinin-. ¿Vamos, Jean?

El francés y el malayo salieron. La puerta se abrió y se cerró sola, sin tocarla, al pasar los dos hombres. Luego, la muchacha sueca indicó a Ritter el canapé.

El ex piloto se sentó. Maniobró Lorna un registro de contactos y una mesita ascendió del suelo. También surgió en el muro un aparador de cristal con varias botellas de origen terrestre.

-¿Qué quiere? ¿Bourbon?

-Prefiero «Scoth-Rye» -dijo Arno.

Ella lo sirvió y se movió graciosamente hacia él. Depositó los vasos en la mesita y luego se sentó junto a él.

-Señor Ritter, tal vez le hayamos causado la impresión de conspiradores.

-En efecto. En particular usted, ¡una bellísima conspiradora!

-Gracias por el cumplido. Pero no lo somos. Lo que ocurre es que las autoridades de Venus nos ponen muchas dificultades, y nosotros las solucionamos por la vía más expedita. ¿Conoce usted la geología de Venus?

-Así, así... -respondió Arno.

-Bueno, habrá de estudiarse usted un buen mapa en relieve. Ya se lo proporcionaré. Se trata de ir a una montaña llamada «Jui-mal-gnos», o algo semejante. Los habitantes de este planeta la tienen como sagrada. Y no es extraño, puesto que en una de sus cimas está el único volcán que se conoce.

-¡Interesante! Recuerdo perfectamente el «Jui-mal-gnos». Su cordillera es impresionante. Si no recuerdo mal son doce mil metros de altura, y está siempre cubierta de brumas y nubes. Parece ser que nadie ha visto jamás el rostro a esa montaña.

-Exacto -dijo Lorna sonriendo con hechicera gracia-. Cuando venga Krox, el nativo de Hugtix, poblado cercano a la montaña sagrada, sabrá usted más detalles. Yo ya la conozco a medias, pero él la repetirá para usted. Krox es un pardo muy raro, pero amigo nuestro... ¿Por qué me mira tan fijamente?

-La estaba escuchando... ¡Pero me gustan sus ojos! -respondió Arno con voz tensa.

-Me ha dicho Jean que le han expulsado de las Fuerzas Astronáuticas por una mujer, ¿no es cierto?

-Ciertísimo. La cortejé creyéndola terreno firme y resultó ser pantanoso... ¡Era la mujer del comandante en jefe de la base de Kach!

Ella apartó la mirada y dejó escapar una risita.

-Yo estoy casada con la espeleología. No admitiré la más ligera insinuación acerca de mi sexo. ¿Queda esto claro?

-No -dijo tajante Arno-. Pienso besarla en cuanto se presente la ocasión.

Lorna Schatz se levantó bruscamente y miró a Ritter con ojos encendidos.

-¡Míreme como a un socio o le pesará, Ritter! ¡Me repugnan los aventureros... y no me crea una mujer fácil! ¡Estoy muy por encima de usted!

-Lo dudo -Arno también se levantó. Alargó la mano y tomó a Lorna de un brazo-. Quise venir aquí con Jean para conocer esto. Pensaba averiguar cuanto me fuese posible para entregarles luego a todos a la policía. Pero al verla a usted he cambiado de idea... ¡Tomaré parte en esa chaladura! ¡Pero ya no me interesan los «bonos»; me interesa usted!

Ella había quedado petrificada. Aquel hombre alto y seguro de sí mismo la dominaba con la mirada.

Y no pudo evitar que él la tomase en brazos y la besara con fuerza.

Reaccionó, echándose hacia atrás, y descargó toda la fuerza de su mano sobre el rostro sonriente de Arno Ritter. Éste no dejó de sonreír. Acto seguido se sentó de nuevo y tomó su vaso.

Lorna retrocedió hasta la mesa tomando la pistola. Pero su mano temblaba cuando apuntó con ella a Ritter, como temblaba su voz al decir:

-¡De buena gana le mataría, Ritter!

-Hágalo. No lo sentiré ni pizca. Tal vez me libre. Estuve muerto tres veces, o sea que tanto me da. Pero ustedes se quedarán sin piloto.

Lorna Schatz guardó silencio durante un buen rato. Luego, dejando la pistola sobre la mesa, dijo:

-Le ruego que no lo vuelva a repetir, Ritter. ¡Se lo digo en serio!

-Así me gusta más -sonrió Arno-. ¿Por qué no sigue contándome esa hermosa historia?

-Encontraremos muchos peligros -habló ella precipitadamente-. Dice Krox que un gigantesco reptil, de una especie desconocida, guarda una ciudad sepultada en la montaña.

-¡Fantástico! ¿No se trata de un reptil de múltiples cabezas?

Ella le miró de un modo raro. Sonrió con una mueca y agregó:

-Es un tricéfalo...

-¿Un monstruo de tres cabezas?

-Sí, aunque se lo tome a broma. ¡Y según tengo entendido está allí, bloqueado por la montaña, desde hace más de quince mil años! ¡Es inmortal e indestructible! Pero nosotros habremos de burlarle...

CAPÍTULO II

Krox resultó ser un individuo menudo y de color pardo, lo cual era un contrasentido para Arno Ritter, dado que todos los pardos eran más bien altos. A Krox, cambiándole el color de su apergaminada piel, habría podido tomársele por un terrestre algo deforme, de ojos hundidos, y pintándolo de azul, por un ser de raza drots.

Lo singular era que hablaba casi correctamente el inglés internacional de las colonias.

El autobólido se había detenido ante el hotelito y de él habían descendido tres hombres. Los tres que segundos después estaban en la estancia frente a Lorna y Arno Ritter.

Este último seguía sentado en el canapé y ahora miraba con curiosidad al acompañante de Hodinin y Jean Verteau.

-Éste es Krox -dijo Verteau-. Nacido en Hugtix, al pie del «Jui-mal-gnos».

Arno vio como el nativo alzaba la cabeza al techo, según era costumbre de los venusinos pardos ante los nombres sagrados. No obstante, su atuendo no podía ser más interplanetario, dado que sus prendas eran similares a los terrestres: pantalón ajustado, bota alta y flexible y chaqueta-peto de fibras metálicas elásticas.

-Me llamo Ritter -dijo el «Gladiador Germano».

Krox inclinó ahora la cabeza al suelo, en mudo saludo foráneo.

-Mucho gusto, señor.

-Anda, Krox -habló Lorna con voz tensa, mientras se pasaba la mano por el corto cabello, alisándolo-. Explica al señor Ritter la historia del «Jui-mal-gnos».

De nuevo levantó Krox la cabeza al techo. Pero esta vez retrocedió un paso y miró fijamente a Jean Verteau.

-Difícil trabajo el «suyo» señor Ritter -murmuró el venusino volviendo el rostro pardo hacia Ritter-. La montaña está cubierta de nubes. Además, sólo podemos acercarnos a ella de noche.

-¿Has estado alguna vez en la cumbre? -preguntó Ritter.

-¡Nadie ha estado en la cumbre!

-¿Y cómo es que tú te atreves a ir? -agregó Ritter.

Krox dudó antes de responder. Sus hundidos ojos bailaron en derredor. Luego, dijo:

-Soy un... ¿Se dice apóstata? -Y como Lorna, a quien miró, asintió

con la cabeza, siguió diciendo-: Soy un apóstata. He renegado de mi origen. Anhelo ver los mundos, viajar por el cosmos... ¡Ir algún día a la Tierra! Pero todo esto es caro. La «sirta» de Sirta es muy cara y yo recibir muchos «bonos» por ella.

-Cierto -admitió Jean Verteau-. Recibirás muchos «bonos» y serás tan poderoso como el protector de Venus, el gran Glol.

De nuevo levantó Krox la cabeza al techo.

Arno se levantó y fue hasta una curiosa hornacina del muro, donde tomó cigarrillos y se los guardó en el bolsillo del peto. Rozó uno con la yema del dedo y se encendió sólo, llevándoselo a los labios luego. Vio que Jean Verteau se servía un vaso de algo y Hodinin se sentaba en el canapé.

A una seña de Lorna, sentándose también junto al malayo, Krox dobló las rodillas y se sentó sobre el linóleo verde del suelo.

-La montaña sagrada de «Jui-mal-gnos» -Krox miró al techo-, tiene una leyenda que durante miles de años ha pasado de generación a generación. Allí vivieron nuestros antepasados, los antiguos hombres pardos de Venus. Las fieras salvajes de la selva hicieron a nuestros antepasados refugiarse en grandes cavernas. Los que no lo hacían así morían despedazados.

»De este modo, los «kachs» se hicieron poderosos, viviendo juntos, y crearon la gran metrópoli de Sirta, en las mismas entrañas de «Jui-mal-gnos»... Bueno, esto no lo sabemos, se dice, simplemente. Y debe ser así, puesto que los padres de Venus no mienten a sus hijos.

-¡Pero esto es un secreto que no puede ser revelado a los extranjeros! -pareció amonestar Arno Ritter, interrumpiéndole.

El singular nativo se volvió al ex piloto astronáutico y dijo:

-Ya he aclarado que vendo mis secretos a cambio de «bonos adquisitivos». ¿Son ustedes fieles a sus leyes? Pero dejemos esto. La historia de Sirta no es tan secreta como parece. Ha sido revelada muchas veces por compatriotas míos. Lo bueno ha sido que nadie se ha preocupado de averiguar si es cierto.

-¡Se equivoca, Krox! -atajó ahora Lorna-. Una expedición de científicos terrestres, encargados por el gobierno, lo intentó hace unos años. Pero la expedición fracasó. No pudieron escalar aquella altura. Estoy bien enterada de esto.

Krox bizqueó y simuló una sonrisa.

-No estoy enterado. Debieron hacerlo muy en secreto. Sin embargo, dudo que ningún nativo les ayudase. La superstición es muy grande entre nosotros... ¡Todos hemos oído hablar del tricéfalo indestructible!

-¿Qué es eso? -preguntó Ritter acercándose y fumando.

-Dice la leyenda que un día llegó a Sirta un gigantesco reptil de

tres cabezas que había surgido del fondo del gran pantano verde. Era una larga serpiente, con muchas patas en forma de garras, y del tronco le surgían tres cuellos con tres cabezas.

-¿Y arrojaba fuego? -se burló Ritter.

-No -replicó Krox, muy serio-. Pero atacaba con la velocidad del rayo y devoraba a cuantas víctimas hallaba a su paso. Su hambre era insaciable.

»Por aquel tiempo, el planeta se hallaba sacudido por intensos cataclismos internos. Las aguas del gran pantano verde se habían agitado y el suelo firme temblaba a consecuencia de las sacudidas sísmicas. Pero esto fue antes del rugido de la montaña.

»El tricéfalo penetró en la inmensa caverna, donde los pardos habían construido la gran metrópoli de Sirta y empezó a devorar a mis antepasados. Muchos se refugiaron en moradas, donde el tricéfalo no podía entrar, pero otros fueron alcanzados y devorados.

»Luego, dicen que rugió la montaña, lanzando al cielo rocas ardiendo. Una de estas rocas debió ser la que contenía el material «sirta» con el que mis antepasados, los pardos de Sirta, construían sus casas tubulares, que a modo de pilares sostenían el techo de la gigantesca caverna en la que habían construido su ciudad.

»Ahora hemos sabido que los científicos terrestres encontraron esa piedra orbitando por el cosmos y que impactó contra una astronave comercial de la Tierra.

»Pues bien, a partir de entonces nadie ha vuelto a saber nada más de Sirta, ni de sus habitantes. Con la terrible convulsión de la montaña se hundieron las entradas de la metrópoli y todo desapareció.

-¿Murieron todos sepultados?

-No -siguió diciendo Krox-. Alguien salió de allí, al cabo de los días. Utilizó para ello las galerías naturales que conducían a la cima de la montaña. ¡Y si aquel pardo salió también podemos entrar nosotros! ¿No les parece?

-¿Qué fue de aquel hombre? -preguntó Arno Ritter, que era el único de los presentes que desconocía los pormenores de la leyenda.

-Aquel hombre fue el fundador de Hugtix, mi ciudad natal, al borde de los lagos inmensos de Alk. Murió de viejo y vivió todo su tiempo adorando a las víctimas del gran cataclismo.

-¿Es que se derrumbó la bóveda de Sirta y los aplastó a todos? -preguntó Arno.

-No. Las moradas de mis antepasados eran columnas que sostenían firmemente el techo. Poseían una pequeña entrada semicircular al pie y por ella ascendían a las sucesivas plataformas superiores. Pero como el reptil devorador acechaba por entre las casas, nadie osó salir de allí.

Debieron morir todos.

-Incluso el tricéfalo -remató Arno.

-Cuando Hugtix escapó de Sirta dijo que el tricéfalo estaba allí... ¡Y estaría eternamente!

* * *

El sol se había puesto. Era un sol escaso, caro de ver. Sólo podía gozársele algunos días en aquella temporada estival. El resto del año lo ocultaban las altas nubes. Siendo Venus un planeta cubierto en su mayor parte por grandes mares, pantanos cenagosos y enormes lagos, las nubes de vapor de agua se enseñoreaban del firmamento.

El clima húmedo había favorecido la agricultura artificial implantada por la técnica de los terrestres; sin embargo, los técnicos trabajaban con ahínco para solucionar graves problemas biológicos. Para la Tierra, Venus había sido siempre un mal negocio. Se invertían doscientos billones de «bonos» en mejorar sus condiciones climatológicas y sólo se obtenían escasos resultados.

Pese a ello, las autoridades seguían insistiendo. A su vez, Venus, pese a la pérdida de dinero que producía su agro y su industria suministraba mucha mano de obra para otras colonias. Pardos y azules se encontraban en todas las colonias del sistema, pero su condición era poco menos que la de esclavos, con seis u ocho horas de trabajo diario.

Arno Ritter, siguiendo a Hodinin y a Krox, a través de la oscuridad de los campos, no pensaba precisamente en los problemas que el clima húmedo de Venus había suscitado. Pensaba en la operación que tenían delante.

-¿Falta mucho para los hangares? -musitó.

-Creo que estamos cerca -respondió Krox, que le precedía.

De repente, Hodinin se detuvo. Extendió el brazo y, en la sombra, Arno Ritter vio su gesto.

-¿Qué ocurre? -preguntó el germano con un hilo de voz.

-Ahí delante está la alambrada. Hemos de saltarla. Yo iré delante. Un destello de mi luz será el aviso.

-De acuerdo -respondió Krox-. Yo te seguiré.

Arno sabía lo que tenían delante. Un vasto campo asfaltado, perteneciente a una compañía de turismo interplanetario en quiebra, de la cual se había apropiado el gobierno del gran Glol de Venus. Pero los trámites legales y jurídicos habían sido largos. Las cantidades que se barajaban en la «Venus Crossin Korld Traveller» eran del orden de bastantes billones.

Por este motivo, todas las dependencia de aquella compañía

estaban clausuradas, y sus naves encerradas en los hangares hasta la decisión de los tribunales. Había allí varias cosmonaves de pasajeros, capaces para transportar cien personas; vehículos de corto alcance, para el turismo local, talleres de reparaciones espaciales, plataformas móviles de lanzamiento, etc. Pero también había guardias del Gobierno que vigilaban.

¡Y aquéllos eran los que temía Arno Ritter! Si les sorprendían robando en el interior del recinto de la compañía en quiebra, su deportación a las colonias penitenciarias era inevitable. Pero Hodinin había dicho: «No temas nada, Ritter. ¡Conozco el terreno que piso!»

Debía ser cierto, pues no hacía más de seis minutos que esperaban entre las malezas, a escasa distancia de la alambrada, cuando destelló débilmente la luz. Krox, el pardo venusino, se puso en pie y dijo:

-Allá voy, Ritter. Sígueme después de contar veinte.

La sombra se confundió con las otras sombras. Krox se movió con el sigilo de un gato y desapareció. Ritter inhaló una bocanada de aire y aguardó. Cuando consideró que el venusino ya habría atravesado la alambrada empezó a andar.

Al poco tropezó con los alambres. Vio el hueco efectuado por Hodinin, con las tenazas. Pero también vio algo más: ¡Dos hombres que venían por la parte interior charlando entre sí! ¡Y vio sus luces, las linternas que llevaban en sus relucientes cascos, a modo de ojos luminosos, y cuyo reguero de luz inspeccionaba las alumbradas!

Arno se quedó helado. Propúsose retroceder hacia la maleza, pero pensó que sería descubierto. Y aquellos dos hombres, posiblemente vigilantes del gobierno, no tardarían en descubrirle.

Ante aquella eventualidad, decidió hacer frente a la situación. Y, sin pensarlo más, metió la cabeza por el agujero, entre los alambres, y se coló al otro lado.

Al mismo instante, un foco de luz lo iluminó. Entornando los ojos, Arno arremetió adelante. Escuchó un grito.

-¿Qué es esto?

Luego, su puño golpeó un rostro arrugado. Hubo un gemido. Una luz se agitó en el aire, trazando una parábola luminosa. Fue el casco del compañero del agredido por Arno.

¡Algo le había atacado a distancia, pues cayó sin que Arno Ritter le tocase siquiera! El germano tampoco pudo prestarle mucha atención, puesto que su atacado se revolvía, después de haber recibido el tremendo mandoble al rostro. Pero el agredido no intentó luchar, sino que pretendía desenfundar algo de una caja que colgaba sobre su pecho.

-¡Ladrones!... ¡Ladro...! -No pudo seguir hablando. El puño de

Ritter machacó su boca con la violencia de un martillazo de herrero.

El soldado, pues tal era, a juzgar por el atuendo que llevaba, salió impelido hacia atrás y cayó sobre el asfalto húmedo del suelo, resbalando por él. Acto seguido, Arno se le arrojó encima como un felino.

Y el nuevo golpe que le propinó en la hundida mandíbula lo dejó inconsciente.

Le quitó el casco, cuyo foco de luz alumbraba al cielo y golpeó con él en tierra, hasta que la luz cesó. Luego se volvió a tiempo de ver a alguien correr hacia el otro cuerpo que yacía en tierra. A la luz sesgada del foco, a ras del suelo, reconoció a Krox, que corría hacia el otro caído.

Entonces se dio cuenta que el soldado caído primero misteriosamente no se movía. La voz de Krox sonó urgente y apagada:

-¡Vamos, Ritter; éste ya está listo!

Pensó Arno que Krox debió matar al otro con alguna arma invisible y silenciosa. Pero no se entretuvo en averiguarlo. Mientras corría vio a Krox inclinarse sobre su víctima y apagarle el foco del casco. Luego, lo sintió correr detrás de él.

Una mancha más oscura y grande apareció ante él. Era el edificio de acero del hangar. Había una puerta abierta y en ella estaba Hodinin con una pistola en la mano.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó el malayo con voz hueca.

-Dos soldados de la guardia -respondió Arno-. He noqueado a uno y, por lo visto, Krox se ha deshecho del otro. Temo que lo haya matado.

-¡Bueno, entra aprisa... Ahí tenemos el aparato! Sabía que lo encontraríamos aquí. Examínalo rápidamente y di si nos será útil.

Krox llegó corriendo hasta ellos, y jadeó:

-Hemos de darnos prisa.

Ahora, Hodinin sacó una potente linterna eléctrica. Krox cerró la puerta detrás de ellos y el foco de luz iluminó el lugar. Vieron un «aerobús» pintado de gris, de unos veinte metros de largo, con líneas aerodinámicas, y que parecía estar en bastante buen estado.

Una escalerilla conducía hasta una compuesta cerrada. Arno subió rápidamente y tentó la puerta de material tungsteno. Tuvo que empujar con el hombro, pero la compuerta cedió, abriéndose hacia dentro.

-¡Por aquí, Hodinin! -gritó.

Un fuerte olor a cerrado ofendió el olfato de Ritter cuando traspuso la escotilla y penetró en el «aerobús». Detrás de él subió Krox, llevando otra linterna encendida.

-¿Crees que vale, Ritter? -preguntó anhelante.

Mientras tanto, Hodinin examinaba un gran tablero electrónico a un lado del hangar. Sacó un papel del bolsillo y lo leyó rápidamente. Sacudió afirmativamente la cabeza varias veces y luego se volvió a Krox, que estaba en el último peldaño de la escalerilla.

-Ya lo tengo -dijo-. Cuando Ritter dé su conformidad abriré el techo del hangar. Se dirige desde este tablero.

Por su parte, Arno Ritter se dirigió por el pasillo central hacia los mandos del aparato volador.

-Krox, ven acá con la linterna.

El pardo venusino corrió hacia él, blandiendo la linterna.

-Alumbra aquí -pidió Ritter.

No tardó el ex piloto de las Fuerzas Astronáuticas en darse cuenta de que todo parecía en perfectas condiciones. Hodinin había resultado estar muy bien informado.

-Sí, esto volará. Avisa a Hodinin que descorra el techo y suba a toda prisa. ¡Vamos a esfumarnos de aquí cuanto antes!... ¿Mataste al otro soldado?

-No tuve más remedio -dijo Krox, sin inflexión en la voz-. Lo hice para quitarte un peligro de delante. Comprendí que dos contra ti podría ser peligroso. Al otro no le tiré por temor a herirte a ti.

-¿Con qué lo hiciste? -preguntó Arno, mientras se sentaba ante el cuadro de mandos.

Krox hacía señas a Hodinin con la linterna a través de la cúpula transparente del «aerobús» y tardó un poco en contestar. Pero cuando lo hizo sorprendió a Ritter.

-No te lo puedo decir... Es un secreto.

-¿Le tiraste un cuchillo? -insistió Ritter, como si no hubiera escuchado aquella esquiva respuesta.

-Tal vez... ¡Ya se descorre el techo! ¡Hodinin viene corriendo hacia acá!

Se oyó un ruido metálico, como el de un poderoso motor al ponerse en marcha. Ritter miró en uno de los espejos retrovisores y vio al malayo subiendo precipitadamente la escalera adosada a la compuerta. Volvió la cabeza y gritó:

-¡Busca el modo de cerrar eso, pronto!

A su vez conectó la palanca de arranque y puso los reactores verticales. Para él no era ningún secreto aquella máquina espacial. Sabía que el «aerobús» no era ninguna nave cósmica de largo alcance, pero servía admirablemente para la misión que debían ejecutar.

Al momento, trepidó el aparato. Hodinin había conseguido cerrar la compuerta y el aparato se elevaba ya suavemente del suelo.

-¡Mira! -gritó Krox.

-¡Apagad las linternas! -rugió Ritter.

A ambos lados del «aerobús» las paredes del hangar parecían descender hacia el suelo. Ahora podían ver el campo de la compañía «Venus Crossin World Traveller» y muchas luces que se encendían por todas partes. También escucharon una poderosa sirena de alarma. Pero al momento se paró, como averiándose, dado el poco uso que se hacía de ella.

Pero todo fue un instante. Arno Ritter gritó a sus cómplices:

-¡Dejaos caer al suelo!

Al mismo tiempo abrió a fondo los reactores y el «aerobús» salió impulsado velozmente hacia el cielo negro y húmedo de Venus.

Instantes después se perdían en la noche, dejando detrás de ellos un campo desconcertado por la imprevista alarma. Grupos de hombres armados corrían de un lado para otro, sin saber qué había sucedido.

En el aparato que volaba ya sobre las nubes, Arno Ritter se creía de nuevo en las Fuerzas Astronáuticas, saboreando los placeres de sentirse alado, soberano del cosmos, mientras que a su lado, Hodinin reía entre dientes y decía:

-¡Buen trabajo... buen trabajo! ¿Veis que ha sido fácil?

* * *

En el mismo instante, un mensaje salido de Kach hacia los abismos de la galaxia -esta vez no lo pudieron captar los radarscopios de la Tierra- informaba a Zánope 33 que la «Operación Sirta» estaba en marcha.

Desde cierto lugar de la ciudad, los destellos de rayos infrarrojos, invisibles para el ojo humano fluctuaron intermitentemente durante varios minutos.

¡Gladys» informaba a su misterioso y remoto jefe!

Y mientras lo hacía, el astuto espía tatareaba una cancioncilla. ¡Qué bien había salido todo!

Le servirían la misión en bandeja. Todo era cuestión de organización. Al pensar en Arno Ritter se dijo que la jugada había sido maestra. Ahora, sólo faltaba que su agente cumpliera la otra parte de la misión que su mente diabólica había trazado.

-Si esos estúpidos mueren otros les seguirán. Y creo que en Zánope habrán de pagar una suma cuantiosa. ¡Tal vez sea ésta mi última misión!... Tal vez pueda comprar un planeta.

Así monologaba «Gladys», aquella mentalidad gris al servicio de un gobierno remoto y fuerte, cuya sola ambición era apoderarse del dominio del universo... ¡seres de otra configuración, de otra raza

distinta, arteros y ambiciosos! ¡Seres que tenían a «Gladys» como un esbirro bien pagado, y a quien «Gladys» creía haber llegado el momento de traicionar también!

CAPÍTULO III

-¡Oye, tú, pirata normando -gritó Arno Ritter volviendo la cabeza y dirigiéndose a Jean Verteau que charlaba en uno de los asientos delanteros con Lorna Schatz- ven acá y ayúdame con el proyector!

Jean se levantó presto y se acercó al piloto. Al mirar frente a él vio una gran extensión verde. Krox le había dicho poco antes que se trataba del gran pantano de Venus.

Allá, al frente, se veía una mancha azulada y neblinosa.

-¿Es aquello? -preguntó Lorna, que había seguido al francés rubio.

-Sí -respondió Krox, anticipándose a Ritter, y levantando la cabeza hacia el cielo-. ¡Aquello es la montaña sagrada de «Jui-mal-gnos»! ¿Veis la cima cubierta de brumas?

Todos lo habían visto. A unas cuarenta millas, el fatídico perfil de la gigantesca y única montaña de Venus se alzaba apenas visible, al otro lado del gran pantano verde.

Hodinin manipulaba en un aparato extraño cuando se le acercó Jean Verteau y preguntó:

-¿Qué puedo hacer?

-Ayuda a Hodinin. Tenéis que controlar la visibilidad y la altura. Voy a remontarme por encima de aquel mar de nubes. Cuando tengas la visión del terreno proyéctamela en mi pantalla por medio del contacto auxiliar, como te expliqué. Yo elegiré el lugar más conveniente para tomar tierra.

-Conforme -respondió Jean.

-Mientras tanto -agregó Lorna-, prepararé los equipos.

Pasaron los minutos. El «aerobús» robado brincó de pronto hacia el cielo. El techo de nubes descendió hacia ellos. Los cinco personajes que navegaban en el interior del aparato de turismo guardaron silencio. Un silencio ominoso, grave. Sólo, de un modo indistinto, el suave rugido de los reactores alteraba la calma. Pero era un rugido al que se habían habituado después de seis horas de vuelo.

Arno Ritter, asido a los mandos, gobernaba el «aerobús». A su lado, Krox se retrepó en el asiento del copiloto. Ahora, envuelto en las brumas del cielo, su misión de guía había terminado. Jean Verteau y Hodinin, éste con el mango del puñal saliendo más de lo normal de su cinto metálico azul, manipulaba el controlador de orientación.

Detrás de ellos, sobre los asientos de los pasajeros, Lorna repasaba

los «portabagajes» que debían llevar colgados a la espalda a modo de mochilas. Había gruesos rollos de cuerda nudosa y fina, confeccionada con un material metálico que la hacía prácticamente indestructible y capaz de soportar grandes pesos. También había conservas y píldoras alimenticias.

Lorna había calculado que con tales alimentos sintéticos, una persona podía resistir un par de años. ¡Y lo asombroso es que tales píldoras no llegaban a pesar más allá de un kilogramo!

También examinó los distintos juegos de lámparas eléctricas, cuyas pilas suministraban energía para muchos meses. Luego repasó las herramientas para los descensos. Pivotes, azadones, barrenas y muchos ganchos. Probó las cortas máquinas de taladrar de mano, cuya broca perforadora permitía taladrar el duro acero con facilidad e incrustar un soporte.

Un moderno licuador hidrógeno, muy reducido, para convertir el aire atmosférico en agua, brújulas, altímetros y varias armas. Todo estaba en orden. Krox la había ayudado a cargar aquellas cosas en el «aerobús», ante el hotelito de las afueras de Kach. Ahora comprobó que no se habían olvidado nada.

Por esta razón regresó junto a Ritter, ante el tablero de mandos.

-Tanteemos el terreno -respondió Ritter-. Hemos de buscar algo que tenga forma de cráter. Todo lo que hemos visto hasta ahora por medio del proyector de imágenes infrarrojas son aristas agudas, abismos escalofriantes, ventisqueros...

-¡Y un árbol muy extraño! -agregó Jean Verteau.

-Eso no era un árbol -desmintió Krox-. Sino una roca curiosa, cuya cúspide daba la sensación de árbol.

-¡Te digo que era un árbol! -gritó Verteau.

-¡Callarse! -rugió Arno-. Voy a penetrar entre esas dos altas paredes. Como no encuentre paso y no pueda frenar a tiempo nos estrellaremos...

-¿Y por qué no subes más alto?

-Por encima de estas montañas hay una violenta corriente de aire. Zarandearíamos peligrosamente el aparato. Estoy volando al mínimo de velocidad...

-¡Cuidado ahí, Arno! -gritó Jean.

Era una muralla basáltica negra y elevada que surgió bruscamente ante ellos. Pero Arno maniobró ágilmente y el «aerobús» se remontó a escasa distancia del obstáculo. Lorna cayó rodando al suelo a causa de la inmersión de vuelo.

-¡Siéntate y estate quieta, Lorna! -gritó Arno, medio riendo. Había visto en el espejo retrovisor la cómica postura de la espeleóloga, con

las piernas al aire, intentando recobrar el equilibrio perdido.

Sin embargo, al poco, Arno viose obligado a descender. ¡Pues arriba había surgido como una especie de techo!

-¿Qué es esto? -preguntó Jean-. ¿Nos hemos metido en una gruta?

-Eso me temo -contestó Ritter-. Y al parecer no tiene salida. Hay que retroceder.

Maniobró sus diales y el «aerobús» obedeció dócilmente al mando.

-¡Vigilad bien la pantalla, diablos! -reconvino a Hodinin y Jean-. ¿Es que no veis?

-La bruma es muy densa, Arno -repuso Jean Verteau-. Cuando percibimos el obstáculo ya lo tenemos encima.

Así pasaron unos minutos angustiosos. En una ocasión, Arno no maniobró a tiempo y un lado del «aerobús» rozó la arista de una roca, escuchándose un escalofriante crujido del tungsteno al ser golpeado. Arno, no obstante, consiguió recobrar el equilibrio del aparato, aunque su rostro se había cubierto de sudor frío.

-Será mejor detenerse y examinar los contornos a pie -sugirió Lorna Schatz.

-Sí -dijo Arno-. En cuanto encuentre una superficie lo suficiente amplia tomaremos tierra.

Fue preciso subir mucho más, hasta once mil y pico de metros, casi en la cúspide. Y allí fue donde gritó Jean Verteau:

-¡Ahí, al frente, Arno! ¿Ves una plataforma blanca?

Arno la había visto en su pantalla, a través de los de los rayos infrarrojos, puesto que la bruma densa se adhería a los cristales de la cúpula transparente e impedía ver más allá de un metro. Por ello maniobró hábilmente y fue a posar el «aerobús» en el suelo. Hubo una sacudida, seguida de un golpe amortiguado, y todo quedó en silencio.

-Se reúne el consejo. ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Arno, quitándose el casco auricular y volviéndose a sus compañeros.

-Salgamos fuera y busquemos -dijo Hodinin.

-Sí, pero es muy fácil perderse con esta bruma tan densa -argumentó Verteau.

-Propongo que tomemos los equipos. Con ellos podremos afrontar mejor cualquier eventualidad. El punto de reunión ha de ser éste. El que primero encuentre algo que avise a los demás con el silbato.

-Pero eso no nos servirá si nos alejamos mucho -apuntó Ritter-. Creo mejor ir por grupos y llevar dos aparatos emisores de radio.

-¿Dónde están? -interrogó Hodinin.

-¿No habéis pensado en eso? -Fue Lorna la sorprendida-. La verdad que ha sido un fallo terrible.

Arno miró a Lorna con interés. Pero guardó silencio. Parecía como

si el ex piloto hubiese dicho una frase acusadora. No habló, pero su mirada era harto elocuente. Y Lorna dio media vuelta dirigiéndose a los asientos sobre los que estaban los equipos individuales.

-Bueno, no nos quedemos aquí parados -dijo Hodinin rompiendo el silencio-. Vamos de excursión.

Cambiaron breves instrucciones sobre lo que debían hacer y Krox fue el primero en salir del «aerobús».

-Yo iré en aquella dirección -dijo.

-Y yo en aquélla -agregó Jean Verteau.

Cada uno eligió un rumbo. El último en salir fue Arno Ritter. Pero no tomó la dirección que le correspondía, internándose en la bruma que lo invadía todo, sino que se dirigió con rápido paso hacia donde había marchado Lorna Schatz.

Hacía mucho frío allá afuera. Y por encima de ellos silbaba el viento con fuerza. La bruma se arremolinaba, pero no desaparecía. Era un fenómeno que Arno no había comprendido aún.

Delante de él sintió a alguien toser y avanzó más aprisa. Al momento distinguió a Lorna caminando con precaución sobre aquel suelo blanco y resbaladizo.

-¡Eh, Lorna, aguarda! -susurró.

Ella dio un respingo y se volvió.

-¿Por qué me has seguido? -preguntó con un hilo de voz.

-Tengo que hablar contigo. Esta es la primera ocasión que se me ha presentado. Alejémonos un poco más -la tomó familiarmente del brazo y la empujó hasta que encontraron un resguardo, entre dos altas rocas.

-¿A qué viene esto? -preguntó ella, excitada, acariciando la culata de una pistola, cuya funda había abierto.

Pese a estar muy juntos apenas si se veían. Eran como dos seres sumergidos en algodón, difusos, en un mundo etéreo y misterioso, húmedo y frío. Sólo el viento, rugiendo por encima de sus cabezas, alteraba la quietud de aquel lugar de pesadilla.

-Escucha, Lorna. Yo no he nacido hoy ni me he caído de una higuera. ¡Y mucho menos me chupo el dedo! Aquí hay algo extraño que no acabo de comprender. Y, como me revienta jugarme la vida sin saber por qué, responde. ¿Qué hay detrás de todo esto?

-¿Qué quieres decir con eso? ¿No quedamos en que?...

-No quedamos en nada. Me importa un bledo los «bonos» que piensen darme. ¡Yo huelo aquí algo turbio y no estoy dispuesto a seguir adelante sin saber a qué atenerme!

-¡Eres un impertinente. Arno Ritter! -exclamó Lorna airada-. ¡Limítate a cumplir con tu obligación y no busques razones! Aquí no hay nada más que lo que te hemos dicho. ¡Eso es todo!

Hizo ella un ademán para apartarse de él, pero Arno la sujetó con fuerza del brazo.

-¡Suéltame!

-¡Escúchame, preciosa; no creas que soy tonto! Lo único que tengo mío es el cerebro, todo lo demás de mi cuerpo es de repuesto. Pero mi cabeza tiene memoria y sabe pensar.

»En cierta ocasión conduje a Júpiter a un individuo que pertenecía al «S.I.E.». Tuvimos la desgracia de sufrir una avería y tomamos tierra en Amaltea, donde fueron a recogernos al cabo de tres meses.

»Durante todo este tiempo, aquel sujeto y yo nos hicimos muy amigos. Y vi una cosa en su muñeca. Un reloj atómico. Allí supe la utilidad que tenía aquel reloj, como también que sólo lo usan los agentes del "S.I.E.”...

Lorna se quedó rígida y terminó de sacar la pistola, con la que encañonó a Ritter en el vientre. El sintió el contacto metálico, pero no se inmutó, y siguió hablando:

-Un reloj semejante vi ayer en tu muñeca. ¿Por qué me has dicho antes que os habíais olvidado los radioemisores? ¿Porque ya llevabas uno?... ¿Qué tiene que ver el «S.I.E» en este asunto?

* * *

Al mismo tiempo, Krox llegaba al otro extremo de la plataforma. Había sacado su «parks», especie de cerbatana venusiana, y la acariciaba mimosamente. Con ella había matado la noche anterior al soldado que descubrió a Arno Ritter, cuando atravesó la alambrada.

¡Ahora, con aquella arma habría de matar a dos personas de la expedición! Así se lo había ordenado su amo en Kach.

Pero también le ordenó ponerse en contacto con Nrimo y sus «cabras monteses», los pardos enemigos del gran Glol de Kach. Ellos estarían ya en «Jui-mal-gnos». Ellos le indicarían el camino del cráter.

-La mujer terrestre es muy bonita -dijo en voz baja-. Lástima que haya de morir... ¡Así como su compañero! Los demás serán enviados a un mundo remoto en la galaxia. ¡Un mundo del que no volverán jamás! Sin embargo, Lorna puede ser un buen entretenimiento antes de morir.

Siguió caminando Krox por un declive. Examinando el suelo reconocía el lugar donde se encontraba. Pero era preciso andar mucho. Sabía que las «cabras monteses» de Nrimo estaban ocultas, ¡muy ocultas!, y tardaría en dar con ellas.

-¡Lástima que tengan que morir! -gritó una vez más.

* * *

Otro miembro de la expedición que se portó de un modo raro fue Hodinin, el malayo. De un bolsillo interior sacó una especie de brújula que examinó repetidas veces, dando un círculo.

Sabía que con aquel detector el pardo venusino no se le escaparía. Hodinin había hecho un descubrimiento durante el viaje. Averiguó que el agente de «Gladys» no podía ser otro que Krox. Y en aquellos momentos, Hodinin husmeaba la traición.

Por esta causa clavó en la ropa de Krox un alfiler radioactivo, de modo que su detector podía seguirle a distancia.

-¡Aunque me lleve a las mismas entrañas de Sirta no se escapará! -monologó Hodinin.

También pensaba aquel extraño sujeto en los últimos minutos pasados en el «aerobús». Pensaba en Ritter. ¿Por qué había sacado a relucir Arno Ritter la cuestión de los radioemisores? ¡Claro que pensaron en ello! Pero como «Vera» y él tenían sus respectivos aparatos de contacto, ¿para qué podían pedir más?

-Son demasiado sutiles estos hombres... No sé si alguno se quedará eternamente en alguna cima de esta montaña fatídica.

Así llegó hasta donde Krox había descendido. Hodinin veía perfectamente el camino. En su equipo había puesto una pequeña linterna de rayos infrarrojos, que ahora colgaba de su cuello, sobre el pecho, y unas gafas especiales le permitían ver en tomo con relativa facilidad.

Pasaron dos horas. Hodinin no había cesado de caminar, siempre en seguimiento del ágil Krox, descendiendo hacia un abismo escalofriante. ¡Incluso llegó a un lugar donde alguien había improvisado un puente con planchas de hierro!

Cruzó el malayo por él, siguiendo a Krox, y la arruga de su frente se acentuó. Aquello era muy significativo. En «Jui-mal-gnos» se refugiaba alguien. Recordó el informe leído en Kach acerca de los montañeses pardos de Nrimo, perseguidos de la justicia del gran Glol.

¿Estarían en combinación con Krox?

Los medios de que se valía un agente secreto del «S.I.E.» para ponerse en contacto con elementos indicados para determinadas misiones eran muy complicados. Muchas veces, el propio agente en acción ignoraba de dónde surgía o quién buscaba el contacto. Una orden radiada en clave le había dicho que fuese a buscar a Krox, a cierto lugar de la ciudad venusina a Kach.

¡Órdenes de arriba indiscutibles! Sin embargo, Hodinin era un agente nato. Se le conocía en el «S.I.E.» con el sobrenombre de «Zenith», y era un talento de la acción.

Ahora, como innato en él, presintió el peligro. Tal vez Krox le

tendía una emboscada. En esto no andaba equivocado ¡el peligro estaba cerca!

Por esta razón se recostó contra una roca y manipuló con la mano derecha el reloj que llevaba en la muñeca izquierda.

-Óyeme, «Vera», voy siguiendo a Krox por un camino muy extraño. Descendemos por una cornisa. La situación es al sur del «aerobús». No sé qué ocurrirá, pero he pensado, al ver un puente de hierro, que la gente de Nrimo puede estar por aquí, y conspirar con Krox...

* * *

Lorna Schatz comprendió que Arno Ritter podía ser un peligro. ¡Era demasiado inteligente, por tanto, un peligro para sus planes! Por esta razón, sin esperar a más, giró con el pulgar el disco de su pistola electrónica. No quería matar a Ritter. Pero una sacudida letal sería suficiente. Arno había dicho que su cuerpo no le pertenecía, pero su cerebro sí.

-Sujétate el cerebro, entrometido! -exclamó de pronto, apretando el disparador.

La onda eléctrica conmovió a Ritter. En el último instante creyó a Lorna capaz de matarle. Pero ya era demasiado tarde. Algo pareció estallar en su mente. Tembló de pies a cabeza e incluso la bruma se borró de sus ojos.

Sin embargo, Lorna no le dejó caer al suelo. Le sujetó con un brazo, mientras enfundaba la pistola, y luego lo depositó suavemente en la roca húmeda.

-Lo siento, muchacho. Esto te pasa por ser demasiado impetuoso. Ahora te quedarás aquí hasta que yo vuelva. De todos modos, sospecho que tu misión ya ha terminado.

Lorna Schatz se alejó. Una hora después, andando casi a ciegas, se encontró con Jean Verteau, sentado sobre una roca, fumando tranquilamente un cigarrillo y bebiendo algo de una botella.

-¡Eh! ¿Quién eres? -preguntó el francés.

-Soy Lorna. En mi dirección no hay paso. Un farallón altísimo, al parecer, me impidió seguir adelante. ¿Has oído algún silbato?

-No. Yo también he encontrado el farallón. Estaba descansando un poco. Aunque supongo que debíamos retroceder hacia la nave.

-De acuerdo. A ver si han vuelto los demás y han descubierto algo.

Fue poco después cuando el reloj radioemisor de Lorna Schatz vibró débilmente en su muñeca. ¡«Zenith» llamaba a «Vera»!

El mensaje fue captado perfectamente por la fingida espeleóloga de la Universidad de Göteborg. Pero le fue imposible responder en voz alta, dada la proximidad de Jean Verteau, ¡el único mineralogista de

la expedición! También era el francés el que ignoraba todo cuanto se tramaba en derredor suyo.

Lorna se dedicó a pulsar repetidas veces una minúscula minutera. «No puedo responder ahora. Mensaje captado. Te llamaré tan pronto pueda. Corto.» Esto significaban aquellas pulsaciones de la minutera.

¡Pero «Zenith» tenía una pista ya! Ella también había presentido el extraño comportamiento de Krox. Se dijo que habría de averiguar quién los puso en contacto con Krox. ¿O era Krox el propio «Gladys»?

Sonriendo para sus adentros, Lorna avivó el paso, situándose junto al francés.

-¿Estamos cerca del «aerobús»? -preguntó.

-Creo que sí; mi sentido de la orientación no me falla nunca.

Sin embargo, cuando descubrieron la mole gris del aparato volador no vieron a unas siluetas que corrían entre la bruma, formando un cerco detrás de ellos. Fue al intentar subir a la cabina, cuando varios cuerpos muy peludos cayeron sobre ellos.

Una voz habló en lenguaje «kachs», de los pardos. Lorna ni siquiera pudo sacar la pistola: el número de sus atacantes era muy superior. Luego, un fuerte golpe en la cabeza la aturdió. Pensó que de no llevar el casco le habrían hendido el cráneo.

Aun así, fue su último pensamiento, al caer de bruces.

En caso de poder traducir el lenguaje de los pardos de Venus, con sus guturales acentos a modo de gruñidos, lo que dijo alguien en medio de la bruma, fue más o menos así:

-Subidlos al «aerobús». Vaal pilotará el aparato.

Alguien se opuso, alegando que faltaban más terrestres. Pero el otro repuso:

-Con éstos tenemos bastantes. Krox se encargará de los demás. Si alguno escapa esta montaña será su tumba... ¡No podrá salir de aquí!

Aquello venía a significar algo así como una sentencia de muerte para Arno Ritter, inconsciente no lejos de allí, entre unas rocas.

Jean Verteau había caído antes de Lorna. El primer golpe de piedra en la cabeza, como iba descubierto, le dejó sin sentido, y la sangre le manaba en abundancia.

¡Pero varios minutos después, el «aerobús» se levantaba sobre la bruma y desapareció de aquel fatídico lugar!

CAPÍTULO IV

Un frío intenso reavivó a Ritter antes del tiempo previsto. Cualquier técnico en descargas letales habría quedado asombrado, creyéndose encontrar ante un fenómeno. La descarga eléctrica sufrida, de una frecuencia insensibilizadora de las neuronas cerebrales, habría mantenido al ex piloto durante varias horas en estado letal.

Sin embargo, transcurridos treinta minutos, Arno Ritter abrió los ojos y miró en derredor, viéndose envuelto en la gélida bruma. Como un rayo evocó su conversación con Lorna Schatz.

-¡Disparó sobre mí!

No sin trabajo se puso de pie. Recurrió a su brújula y se orientó. Se dijo que lo más conveniente era volver al «aerobús». Estaba dispuesto a poner las cartas boca arriba, si era preciso, con una pistola en la mano. Al pensar en esto descolgó su portabagajes y desenfundó la pistola que le habían entregado.

Sonrió con desdén al comprobar que su primera sospecha era cierta: ¡aquella arma era inútil, carecía de cargador!

-Todo estaba previsto. Será conveniente reflexionar.

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, por el simple contacto de su dedo. Dedujo que era conveniente reflexionar. De este modo, recostado contra la roca, sin decidirse por nada, llegó a la conclusión de que Lorna Schatz estaba relacionada con el «S.I.E.» o servicio de investigación especial. El alto organismo policíaco secreto del estado no se movía si no era por una causa importante.

-¿Y cómo me han mezclado a mí en esto? De quién ha sido la idea? ¿Por qué razón?... Cualquier agente del «S.I.E.» sabe pilotar una cosmonave mejor que yo. ¿Para qué me necesitaban?

Arno Ritter estaba hecho un verdadero lío. Pero llegó a la conclusión de que no tenía nada que perder, excepto la vida. Y ésta, ¿para qué le servía, en sus condiciones de desheredado?

-Será mejor llegar al fondo de este asunto. ¡Por muy agente del «S.I.E.» que sea Lorna Schatz no es más que yo! Por otra parte, me interesa esa mujer. Creo que es la única mujer que he encontrado en mi vida.

¡Sí, Lorna Schatz era la única mujer que no inquietó a Ritter!

Le trastornó, sencillamente. Ante su recuerdo desaparecían todos los rostros inquietantes de mujer que había conocido antes. Ni siquiera

Arfa Ngong-Huala, a la que debía su expulsión de las Fuerzas Astronáuticas, le había causado tanto efecto.

Y como no creía en el azar, mente calculadora como la suya, dedujo que debía estar metido en aquella aventura por algo.

-Sí, aquí tengo yo mi baza que jugar. ¡Y no estoy dispuesto a consentir que nadie se burle de mí!

Así, decidido, arrojó la punta de su cigarrillo y emprendió el camino de regreso adonde habían dejado el «aerobús». No obstante, cuando llegó allí se desorientó. Ignoraba el tiempo que permaneció insensible y el que estuvo pensando. Pero también se preguntó dónde estaba el «aerobús».

Como piloto de las patrullas del cosmos poseía un innato sentido de la orientación. Sin embargo, Ritter había llegado con varios minutos de retraso. ¡El vehículo volador se había ido, pilotado por un pardo cubierto de pieles, llamado Vaal, y dentro de él iban Lorna y Jean Verteau, inconscientes!

Mucho costó a Ritter darse cuenta de aquella verdad. Dio vueltas en la niebla, examinó el suelo con cuidado, miró en todas partes. Nada. El aparato que les había conducido hasta allí había desaparecido.

-¡Vaya una jugarreta! -exclamó al fin.

Pero en aquel momento, cuando se sentó en el suelo, su mano tocó por casualidad algo pegajoso. Mirándose la mano con detenimiento, no tardó en reconocer la sangre que alguien había vertido allí, no mucho tiempo antes.

Nervioso, sacó una poderosa linterna y alumbró el suelo. Ahora vio perfectamente el charco de sangre y algo más. Algo que tomó con trémulos dedos y miró ante sus ojos: ¡eran cabellos rubios, humanos! El primer pensamiento estuvo relacionado con Lorna Schatz, y una garra gélida rodeó su corazón. Luego reconoció aquellos vestigios, como pertenecientes a Jean Verteau.

-El pelo de Lorna es más largo. Apuesto a que alguien a golpeado ferozmente a Jean, rasgándole el cuero cabelludo.

Arno Ritter se encontró sumergido en un piélago de extraños pensamientos. En medio de ellos se descubrió a sí mismo, con el silbato en los labios, dispuesto a llamar a sus compañeros, por si alguno estaba por las cercanías. No obstante, se contuvo.

Evocó una imaginaria visión de Jean Verteau, con la cabeza sangrante, y no le sedujo la idea de verse él también así.

-¡Vaya una situación más condenada! Lo peor será que no podré salir de este infierno nuboso... ¿Dónde estarán los demás?

Varias horas de espera, hasta que la oscuridad de la bruma le dijo

que había llegado la noche, convencieron a Ritter de que continuar allí arriba era perder el tiempo. Le habían dejado solo. ¡Nadie vendría a buscarle!

-Todos se han marchado... ¡Pero hace falta mucho más que una montaña de doce mil metros de altura para terminar conmigo! ¡Ya enseñaré yo a estos conspiradores como se sale de aquí, aunque sea caminando a gatas!

* * *

El pardo cubierto de pieles saltó sobre Ritter desde una comisa superior. Pareció como si el instinto advirtiera al ex piloto del peligro. Se volvió, ladeándose, en el mismo instante en que aquella figura terrosa y peluda caía sobre él. Un instante después, los dos hombres se enfrentaban. El pardo con una herramienta de piedra, a modo de maza, en alto. Ritter con el puño, golpeando con una velocidad pasmosa.

Un grito gutural y el hombre retrocedió aturdido, al recibir aquel impresionante porrazo entre los ojos.

Y no se había recuperado del primer golpe cuando otro, también centelleante, le machacó el vientre.

Fue bastante. El agresor de Ritter, creyendo tomar a su enemigo por sorpresa, quedó tendido en el suelo, sin sentido. Ritter miró en derredor, arriba y abajo, y luego se inclinó sobre el hombre. Vio que era un pardo de los bosques o las montañas y que se cubría con pieles. No llevaba nada más encima, excepto una bolsa de piel con carne maloliente.

-Esto es señal de que el paso conduce a alguna parte... ¡Y de que hay gente vigilando que me intenta prohibir el descenso!

Sin el menos miramiento, Arno arrastró al hombre que había querido agredirle y lo ocultó en su fisura del muro pétreo.

-Aquí no te encontrarán en bastante rato. Espero que tardes mil años en recobrar el sentido... ¡Y si te he matado, tanto mejor!

Luego se alejó por el paso estrecho adosado al farallón. Por allí mismo habían descendido horas antes Krox y Hodinin. Pero esto lo ignoraba Ritter, aunque ya empezaba a sospechar muchas cosas. Y no se sorprendió nada al encontrar aquellas fuertes planchas de hierro cruzando el abismo.

-¿Ves como esta montaña está más civilizada de lo que parecía?

Apenas se veía en derredor, pero Arno Ritter se había vuelto muy prudente en unas cuantas horas. Iba despacio, eso sí, pero miraba muy bien donde ponía los pies. De aquel modo, cruzó el puente, sintiendo el intenso murmullo de fondo, como de aire silbando en el interior de

un embudo, y siguió descendiendo por el otro lado.

Un metro... Diez metros... treinta...

Esto exigió un período de tiempo largo. Ahora le daba la impresión de que percibía más contorno a su alrededor, como si la bruma hubiera aclarado. Sin embargo, se sentía sumergido en un mar extraño, opresivo, tenebroso. De un momento a otro esperaba un nuevo ataque, una sorpresa...

¡Y ésta se produjo al cabo de un rato, pero no del cariz que temía Ritter, sino de otro muy distinto! De pronto escuchó un gemido que parecía proceder del abismo que tenía a escasa distancia, y subía hasta él confundido con el ruido del viento en el embudo.

Se dejó caer al suelo y se acercó hasta el mismo borde. Entonces escuchó el lamento con más claridad. ¡Era el lamento de un hombre herido!

Y al mirar abajo lo vio tendido, a unos seis metros, sobre una estrecha cornisa del muro, inmóvil. Y un cinturón azul metálico le dijo de quién se trataba: ¡Hodinin!

Ritter no perdió el tiempo. Desató la fina cuerda y se acercó al muro. No había ningún asidero a la vista, pero sacó del portabagajes la máquina de taladrar y un pivote de acero y, en un abrir y cerrar de ojos, lo tuvo incrustado en la roca, formando ángulo opuesto al que debía de engarfiar la cuerda.

Luego, se descolgó por aquel muro, hacia el abismo, cuyo fin no podía ver, pese a ser menos densas las brumas, hasta que llegó a donde yacía el malayo. Se arrodilló sobre él y le preguntó:

-Hodinin, ¿qué ha sucedido?

El otro no respondió. Ahora gemía muy débilmente. Vio Ritter que bajo su cabeza había un gran charco de sangre. Lo movió con cuidado y vio el gran tajo que tenía en el cráneo.

-¡Dios mío! ¿Pero qué significa esto? ¿Es que estamos todos destinados a la muerte?... ¿Qué hago ahora con este hombre?

De pronto, Hodinin parpadeó y su voz sonó débil, apagada, casi como un hálito:

-«Vera»... «Vera»...

-Soy Ritter, Arno Ritter. Qué te ha pasado?

Los ojos de Hodinin se abrieron más. Ritter se inclinó sobre él para escuchar la respuesta.

-Me muero Ritter... Me muero... Y ya no importa... Dime, Arno, ¿estás con «Gladys» o eres un hombre con conciencia? ¡Es muy importante!...

Había ansiedad, angustia, desesperación en aquel moribundo. Ritter no le comprendió, por esto dijo:

-No sé de qué me hablas. ¿Quién te ha hecho esto?

-Ha debido ser Krox... o algunos de sus secuaces... No puedo más, Ritter... Confío en ti... Toma mi reloj y ponte en contacto con Lorna Schatz... ¡Hemos de destruir a «Gladys»!

Fue lo último que dijo. Su cabeza se ladeó y sus ojos quedaron mirando al vacío, vidriosos. La sangre seguía manando de su cabeza. Ritter le recostó suavemente en el suelo y levantó la mirada arriba. Las brumas formaban un techo sobre él. ¡Eran un muro impalpable en torno suyo! El ruido del fondo del abismo seguía llegando hasta él, como el lamento de cien mil plañideras.

«Confío en ti... Toma mi reloj y ponte en contacto con Lorna Schatz»... Aquello repercutió en el cerebro de Arno Ritter. Por esto tomó la mano del muerto y le subió la manga hacia arriba, descubriendo un reloj exactamente igual al que vio el día antes en la muñeca de Lorna.

-¡Hodinin también pertenece al «S.I.E.! ¡Diablos!

* * *

El «aerobús» fue a posarse en un lecho blando, como de arena o barro. Tanto Lorna como Jean Verteau, que ya había abierto los ojos, encontrándose la cabeza vendada, se dieron cuento de esto. Sin embargo, les rodeaba la más intensa oscuridad. Ni siquiera en el aparato había luz.

Tanto el piloto, Vaal, como sus acompañantes, parecían ver en la oscuridad. Y era cierto. Habituados a vivir en aquellas simas, los hombres cabras de Nrimo habían adaptado sus ojos a la penumbra.

Habían hablado entre ellos durante el viaje, pero Lorna no comprendió el lenguaje. Durante un buen rato habían navegado con luz diurna, envueltos en brumas, y fue entonces cuando Lorna se recobró. También fue cuando sintió gemir a Jean y cuando le curó. Uno de aquellos individuos de cuerpo cubierto de pieles y armados de porras de piedra la miró, pero no le dijo nada, ni siquiera cuando abrió su portabagaje y sacó el botiquín para curar a Jean Verteau.

Luego, pasada como media hora, el «aerobús» empezó a descender y la negrura lo envolvió todo. Ahora, parecía haber terminado el viaje, puesto que los «kachs», o pardos, que les habían capturado, iban saltando por la compuerta abierta, hacia el suelo. Uno de ellos, de cuyo hombro izquierdo pendía una correa metálica con la funda de una pistola electrónica, se plantó ante los aturdidos prisioneros y les espetó:

-Ya podéis descender. El viaje ha terminado.

Jean Verteau se levantó penosamente y dijo a Lorna:

-Vamos, profesora. Tengo la impresión de que estos hombres nos van a facilitar el camino.

-Sí, el camino del infierno, posiblemente -respondió ella con tristeza.

Al mismo tiempo Lorna se dirigió a la compuerta. Alguien, en el exterior había encendido una luz eléctrica, cuyo foco luminoso alumbraba ahora la salida del vehículo aéreo. Algo cegada, y parpadeando, la muchacha descendió de un salto, ya que la altura al suelo, dado que el «aerobús» había tomado suelo junto a una depresión, no era mucha. Jean Verteau la siguió.

Allí en medio de la oscuridad tenebrosa, que impedía ver el terreno que les rodeaba, vieron a los pardos acercarse. El foco de la linterna les alumbraba a los ojos.

-Caminen hacia allá -ordenó ahora el gigante que dirigía el grupo de «hombres cabras», y cuyo nombre era Nrimo, el rebelde de Venus.

Alguien empujó la espalda de Lorna. La luz los siguió, y pudieron ver un suelo blando, negro, como le lava esponjosa, aunque muy desigual. Empero, era fácil caminar sobre aquel suelo que cedía levemente bajo sus pies. El foco se prolongó, oscilando la linterna en manos del que alumbraba el camino, y pudieron ver, al fondo, como un muro extensamente agrietado. Unas fisuras eran anchas, las otras simples grietas por las que no podría pasar ni un dedo. ¡Pero todo tenía el aspecto de ser natural, como obra de la naturaleza, caprichosa en Venus mucho más que en ciertos parajes pintorescos de la Tierra!

-¿Dónde nos llevan? -se atrevió a preguntar Lorna.

-Siga adelante y no pregunte nada -respondió Nrimo detrás de ella.

El empujón de alguien, nada suave, indicó a la muchacha que aquellos sujetos no iban a tener muchas contemplaciones. Por esto se dijo «in mente» que no volvería a despegar los labios.

De aquel modo llegaron hasta una de las grietas, lo suficiente ancha para permitir el paso de un cuerpo siempre y cuando fuese de costado, y la voz de Nrimo, en la oscuridad, ordenó:

-Tienen que entrar por ahí. En algunos puntos está un poco estrecho; pero más adelante se ensancha.

-¿Conduce esto a Sirta, la ciudad sepultada de los antiguos «kachs»? -preguntó Jean Verteau.

-¡Eso es lo que tienen que averiguar ustedes! -respondió Nrimo-. Vivirán hasta que lo hayan conseguido. Luego...

Sus palabras, pronunciadas en el idioma interplanetario, mezcla del antiguo inglés con otros lenguajes de La Tierra, al quedar flotando en aquel silencio ominoso, presagiaron una amenaza fatal para los dos prisioneros...

«¿Dónde estarán Hodinin, Krox y Arno Ritter?», se preguntó Lorna. Sin saber exactamente la causa pensó más en el último. Arno Ritter era un hombre curioso de unas desfachatez sorprendente, atrevido, y, en cierto modo, apuesto. ¿Se habría recobrado ya de su descarga letal? ¿Qué haría al verse solo en aquella montaña inmensa? ¿O había sido hallado por aquellos hombres y le habían matado?

También pensó en su compañero Hodinin, un hombre con el que actuaba por vez primera en su vida, en el que había encontrado un colega experto atrevido, y de quien le habían dicho en el Cuartel General del «S.I.E.»: «Vera, tiene usted en Hodinin un verdadero agente. El hombre de más acción de cuantos tenemos. Estamos seguros de que, al lado de él no fracasará usted. Cualquier duda que tenga consúltela con «Zenith», él se la resolverá».

¿Que hacía Hodinin, alias «Zenith»?

Lorna Schatz ignoraba que en aquel momento, el agente «Zenith» expiraba en brazos de Arno Ritter.

-¿Entra usted o la conduciremos a la fuerza? -la ruda voz de Nrimo, con su extraño acento sobresaltó a Lorna, la cual volvió el rostro para ser cegada por el foco de la linterna.

-Por favor, Lorna. Quítese usted el portabagajes, de lo contrario no podrá pasar por esa fisura tan estrecha -comentó Jean Verteau, cuyos ojos inmensamente abiertos miraban sorprendidos a la ranura del muro en la cual les habían ordenado penetrar.

Lorna se desprendió de su equipo y se volvió, diciendo:

-¡Haga usted pasar primero a uno de sus hombres... Puedo perderme! -agregó como pidiendo disculpas.

Nrimo se volvió y gritó algo en voz gutural y sincopada. Al instante, uno de los hombres vestidos de pieles que llevaban aquella extraña porra de piedra en la mano se situó delante de Lorna y penetró en la fisura del muro.

Lorna le siguió entornando los ojos. Un extraño olor, ni desagradable ni grato le ofendió el olfato. Parecía como el olor de la humedad, pero mucho más fuerte. La oscuridad era allí densísima. Pero la luz de alguien que venía detrás le alumbro el camino.

-¿Comprendes algo de esto, Lorna? -preguntó Jean Verteau detrás de ella, hablando como para darse ánimos.

-Nada -dijo la muchacha.

Siguieron avanzando. De repente la luz que venía detrás de ellos se extinguió y se hizo un profundo silencio. Al seguir avanzando, Lorna tropezó contra el muro, cuando creyó hacerlo con el hombre que iba delante de ella.

-¿Eh, dónde está usted? -preguntó.

Y su voz fue perdiéndose, con extraños ecos, disminuyendo en la distancias, haciéndose opaca, indistinta, cavernosa...

-¡Luz, por favor! -Se volvió y gritó-: ¡Jean! ¿Dónde estás?

¡Nada! ¡Todo en tomo a ella parecía haber muerto de repente! Solo la envolvían las sombras más impenetrables.

Se recostó contra el muro que tenía delante y jadeó, aquel silencio se prolongó de un modo angustioso. Incluso contuvo el aliento.

¿Cómo era posible aquello? No hacía unos minutos iba caminando detrás de un pardo, ataviado con extrañas pieles, y seguida de Jean Verteau y los demás. ¡Y ahora estaba completamente sola en el interior de una caverna que parecía ensancharse!

Su mano se apretó nerviosamente en la correa del portabagajes. Un miedo extraño la dominó, la sacudió en espasmos, haciéndola temblar de pies a cabeza. Tuvo que pegarse fuerte contra el muro rocoso y desigual. Luego, se fue dominando con un enorme esfuerzo de su voluntad.

De este modo, respiró hondo varias veces, sintiendo en su olfato hormiguear aquel extraño olor a humedad, y por fin echó mano a su bagaje para sacar la pila eléctrica. Cuando se hizo la luz distinguió el contorno que le rodeaba: ¡fisuras en la roca negra!

Ranuras y grietas por todas partes, bifurcándose unas con otras perdiéndose en la distancia, sin fondo suavemente, hasta cerrarse en una estrecha rendija; la otra ascendía en escalones... ¡era un verdadero dédalo de grietas rocosas, aristadas, como de mineral carbonífero, negras y tétricas!

Pero de Jean Verteau y los hombres que la habían conducido allí no se veía nada por ninguna parte. ¡Y cuando miró al suelo tampoco vio las huellas de pies!... ¡Nada!, ¡nada!

Estaba completamente sola en el interior de una montaña desconocida, perdida en un mundo misterioso y amenazador. ¿Por qué la habían dejado allí? ¿Acaso creían sus captores que no podría escapar?

Al hacerse esta pregunta echó a correr alocadamente, hacia donde ella creía se encontraba la salida. Corrió, corrió con angustia creciente, golpeándose muchas veces contra las rocas, tropezando, porque no se alumbraba bien el camino. Y gritaba:

-¡Jean...! ¡Jean Verteau...!

Sólo su extraño y multiplicado eco la respondía. Al fin, cansada se dejó caer al suelo. El miedo la había dominado otra vez, Pero esta vez era un miedo humano, ¡un miedo supersticioso... miedo a lo desconocido!... Y murmuró:

-¡Arno Ritter!

CAPÍTULO V

-¿Lorna, me oyes? ¡Contesta pronto, estúpida!

Incluso el insulto pareció a la muchacha una palabra cariñosa.

-¡Te escucho, «Zenith»! - gritó junto al reloj emisor.

-¿Qué «Zenith» ni qué guiñol? -barbotó Arno-. Todavía soy Arno Ritter. Te hablo con el radio-emisor de Hodinin, lo han matado. Necesito saber dónde estás...

¡Oh! ¡Hodinin muerto...!

-¡Responde! ¿Dónde estás, Lorna? Esto es muy grave. Sé que perteneces al «S.I.E.» y he prometido a Hodinin que te ayudaré, si puedo.

Lorna miró al foco de luz que tenía a los pies. Todo lo demás eran sombras. ¿Cómo había llegado allí? ¿Dónde estaba Verteau? Se estremeció. Luego habló precipitadamente. Después de todo, saber que alguien la escuchaba, en alguna parte de aquella montaña maldita, la consolaba.

Y lo explicó todo, de «pe a pa», con entrecortadas palabras.

-No sé donde estoy, Ritter. Nos llevaron en el «aerobús». Me dio la sensación de estar en el fondo de un extenso pozo. Penetramos por una rendija del muro, pero me han dejado sola.

-¿Había niebla en ese lugar, Lorna? -preguntó la voz de Ritter.

-No, no había niebla. Pero todo estaba muy oscuro.

-Muy bien. No te muevas de ahí. Ya te encontraré. ¿Tienes alimentos y armas?

-Sí, mi pistola y la Hodinin son las únicas que tenían carga.

-Hodinin no tenía ninguna pistola, Lorna -replicó Arno-. Pero no temas. A ese Krox le ajustare las cuentas.

Arno Ritter cerró el conmutador de su reloj emisor y miró en derredor. Sólo tenía un camino a seguir, el que descendía al fondo de aquel abismo. Y no lo pensó dos veces. Miró por última vez al cuerpo de Hodinin y se echó el portabagajes al hombro, alejándose de allí.

Caminaba con los ojos muy abiertos. Apenas veía en la penumbra. Pero su instinto le guiaba. Además, a medida que descendía, la niebla se iba haciendo menos densa. De aquel modo anduvo casi una hora. A veces el descenso se hacía difícil, por un paso estrecho y peligroso.

Incluso se vio obligado a saltar en una ocasión viendo bajo él un abismo negro y fragoroso. Después se encontró ante un llano, entre

altos farallones negros, pero frente a varios caminos a seguir. Unos parecían ascender, otros se alejaban entre riscos y los más descendían hacia el abismo.

Desorientado, se detuvo.

-¿Y ahora qué? -exclamó en voz alta.

Lo peor era que apenas veía en su torno. Aquel laberinto de probables caminos se lo mostró el foco de su poderosa linterna, rasgando la cada vez menos densa niebla. Y de pronto algo le orientó, haciéndole apagar la lámpara eléctrica al mismo tiempo.

¡Pues un pedazo de basalto arrancado del muro pétreo bajaba de uno de los pasos que conducían hacia arriba!

-O es un cebo o... ¡un descuido! Pero esto indica que ahí arriba hay alguien. Adelante y precaución.

Empezó a trepar por aquel estrecho y ascendente paso. Y a medida que subía fue sintiendo golpes. Luego, algo así como el frotar de una piedra con otra. Al fin, distinguió casi a cinco pasos a un hombre frotando algo que tenía en la mano contra el muro de piedra.

El hombre también debió presentir la presencia de Arno porque se volvió bruscamente y lanzó una exclamación.

Un segundo después, Arno caía sobre él, machacándole la cabeza con la linterna que llevaba en la mano. Aun así, el sujeto, que no era otro que uno de los vigilantes de Nrimo, un hombre cabra rebelde, intentó defenderse con la porra de piedra que llevaba en la mano. Arno recibió un golpe débil en el pecho.

Y de nuevo, el puño del «Gladiador Germano» impactó contra la hundida mandíbula del pardo. Fue un golpe tan demoledor que, después de quebrarse sonoramente el maxilar y exhalar un quejido, el pardo se desplomó.

-¡Ea, uno menos! -exclamó Arno, frotándose el puño-. Pero me gustaría saber si este sujeto está vigilando algo aquí. No puede ser de otro modo, dado que son horas de dormir. Creo que estoy en el buen camino. Adelante, Arno... ¡Esto se hace interesante!

El ascenso del paso pronto terminó. También se ensancharon las paredes y luego vino un trayecto cubierto de fina arena, blanda y esponjosa. Más allá, recortado contra el fuego de aceite de roca, vio Arno al primero de los hombres cabras de Nrimo. Luego otros, y al poco un compacto grupo ante una caverna.

Se tendió al suelo y se acercó cautelosamente, cuanto le fue posible. Así reconoció a Krox, quien tenía en la mano un cuchillo que identificó al instante como perteneciente a Hodinin.

Y Krox hablaba, gesticulando mucho con el arma blanca, en un lenguaje que Arno no pudo entender. Otros sujetos, todos ellos

vestidos de pieles, hacían guturales comentarios.

Arno se dijo que debía buscar un refugio. ¡Si pudiera echar la mano encima de Krox!

-¡Con qué gana le retorcería el cuello!

Retrocedió reptando hasta una fisura del muro en la que vio piedras sueltas y decidió esperar. Arno sabía ser sigiloso cuando se jugaba la vida. Aún recordaba la lucha de guerrillas en Plutón, contra los hombres «sapos» -como les llamó él y otros soldados de La Tierra, por su configuración parecida a los batracios-, y sabía como moverse en terreno enemigo.

Otra cualidad que aprendió en las Fuerzas Astronáuticas fue la de ser paciente. La noche en Venus era larga y la oportunidad podía tardar mucho en presentarse. Por esto se acomodó en su refugio y se dispuso a esperar con calma. Mientras tanto, no apartaba la mirada del campamento de los hombres de Nrimo.

Siguió escuchando gritos inarticulados, a modo de risas. Luego vio a unos cuantos pardos que se retiraban dentro de la cueva. Pero de ella volvían a salir más. Mientras esperaba, Arno hurgó en su porta bagajes y extrajo píldoras alimenticias.

El recién llegado se dirigió a Krox y le dijo algo. Luego, ambos se apartaron del grupo, acercándose precisamente hacia donde estaba Arno escondido.

Y escuchó sus voces hablando el inglés interplanetario.

-Estos hombres míos no deben saber nada de ti ni de tu jefe, Krox.

-¿Estás seguro de que ninguno entiende el lenguaje de los terrestres? -preguntó Krox, volviendo la cabeza para mirar a los hombres que rodeaban las hogueras de aceite de roca.

-No, están reclutados en las aldeas de la ribera del Gran Pantano Verde. Son gente muy tosca. No te preocupes.

Sin embargo, se apartaron más de ellos.

-Ya he cumplido la misión Krox. Le dirás a tu jefe que necesito las armas cuanto antes.

-¡Ah, no! -protestó Krox-. Todavía no hemos penetrado en las entrañas de la montaña. Necesitamos la piedra blanca. ¡Ya te lo dije!

-El hombre rubio bajará a buscarla. Vaal y diez de mis hombres irán con él. Nosotros podemos esperarlos aquí.

-¿Has matado a la muchacha y al piloto alto y recio? -preguntó Krox.

-¿Piloto alto y recio? ¿Quién es? ¡Sólo encontramos a la muchacha rubia y al hombre de las piedras! La muchacha está en él cráter viejo, no podrá salir de allí y morirá. ¿Para qué matarla? Derramar sangre es malo, Krox. Los dioses de «Jui-mal-gnos» acabarán con ella.

-¡Pero si eran tres, Nrimo! -exclamó Krox blandiendo el cuchillo de Hodinin-. Al malayo feo lo mató uno de tus hombres. Yo lo vi. Iba siguiéndome con una máscara extraña. Lo echamos al abismo. ¡Pero en la cima blanca quedaron tres terrestres: dos hombres y una mujer!

Pero el gigante cubierto de pieles no se inmutó ante las palabras nerviosas de Krox. Dijo simplemente.

-No te inquietes, Krox. Sabes que nadie puede salir vivo de esta montaña. Si por casualidad encuentra el camino, mis vigilantes lo matarán. Si no lo encuentra morirá abandonado como aquellos otros terrestres que vinieron aquí hace años.

Pero Krox no parecía muy tranquilo. E insistió:

-Mi jefe se enojará. La orden fue matar. ¡Nadie debe salir con vida de aquí!

-¡No saldrán! Ahora, aguardemos a Vaal. Él y el hombre rubio nos traerán la «sirta» de la ciudad sepultada... ¡Vaal es muy valiente y sabe mucho! Estuvo en la Tierra incluso. Es mi mejor aliado. Manejó el aparato volador con facilidad. Vamos Krox. Pero no te llevarás la «sirta» hasta que tu jefe nos entregue los rifles desintegradores.

-Bueno, bueno...

* * *

Arno comprendió que debía actuar aprisa. Había visto alejarse a seis pardos por el camino que él había venido. Sabía que no tardarían en descubrir a su compañero inconsciente. Y deducirían que él andaba por aquellos parajes.

Su intención era apoderarse de Krox. Él sabría dónde estaba el cráter viejo. Sin embargo, se le presentó una oportunidad mejor.

A poco de alejarse los pardos, vio aparecer al propio Nrimo. Y la pistola que colgaba de su hombro sedujo al ex piloto. Nrimo sabría, con más motivo que Krox, dónde estaba Lorna Schatz. El único inconveniente era que Nrimo poseía una estatura impresionante y debía tener una fuerza nada común.

-Pero apuesto doble contra medio a que no conoce las reglas del «boxing»... ¡Voy a ver si le echo mano!

Arno vio a Nrimo alejarse sin prisa hacia el otro extremo del campamento. También vio que saliendo de su agujero y deslizándose junto al muro de basalto podía rodear la plataforma y acercarse, sin ser visto, hacia el lugar donde marchaba Nrimo.

No lo pensó dos veces. Salió de su escondrijo, desentumeciendo los miembros, y se arrastró con codos y rodillas. No dejaba de mirar al grupo de hombres pardos sentados en tomo al recipiente donde ardía el aceite. Aquellos sujetos parecían sentados. ¡Lo que ignoraba Arno

era que estaban dormidos en aquella acuclillada posición!

Por esta razón pudo atravesar las cien yardas del campamento y perderse por el paso entre rocas donde desapareció Nrimo. ¿Dónde estaría éste?

Un chisporroteo y una luz fuerte, cegadora, dijo a Arno dónde estaba el cabecilla rebelde, el hombre que desafió al Gran Glol de Venus. ¡El gigante estaba, como un niño, probando contra una roca la pistola atómica que Krox le había regalado!

Le vio Arno, de espaldas, contraído por el estupor, y viendo el efecto que su nueva arma había causado en la dura piedra. También le oyó murmurar frases ininteligibles y alborozadas. Parecía un imbécil jugando a escondidas con su juguete favorito.

La ocasión era propicia para Arno Ritter, quien dejó en tierra su portabagajes y se acercó a Nrimo, dispuesto a saltar.

El jefe de los hombres cabras disparaba ahora de nuevo contra un saliente en la roca. El chisporroteo de la sutil descarga atómica dirigida amortiguó los pasos de Arno, quien, situándose detrás de su víctima, gritó de pronto:

-¡Nrimo!

El chorro desintegrador cesó de surgir en el arma y Nrimo se volvió. Arno hizo al mismo tiempo dos movimientos: sujetó la muñeca del gigante y descargó su puño derecho con tanta fuerza que el agredido retrocedió tambaleándose y lanzando un rugido de rabia.

Pero lo que el germano quería era apartar el peligro de aquella pistola desintegradora. ¡Y esto lo consiguió, arrancándola de un tirón a Nrimo!

El arma fue a parar a cierta distancia. Arno no quería matar al gigante, sino vencerlo. Le necesitaba vivo para hacerle de guía hasta donde estaba Lorna.

Los pardos de Venus, de los cuales Nrimo era un magnífico ejemplar, solían ser altos, algo más de dos metros. El cabecilla de los rebeldes refugiados en «Jui-mal-gnos» era mucho más alto aún. Y su constitución, aparte de la mandíbula hundida, era impresionante.

Pero a Ritter no le asustaban los ciento cincuenta kilos del venusino. Él sabía anular la diferencia de peso y de estatura. Por esto, cuando Nrimo se lanzó bufando hacia él, se apartó ágilmente a un lado y golpeando a la vez con toda la fuerza de su puño. El golpe repercutió en el costado de Nrimo, quien se tambaleó. Aunque no cayó, por sujetarse a la roca.

Ya estaba allí de nuevo el puño de Arno, machacando su boca.

-¡Tengo ganas de pelea Nrimo! -dijo Arno.

El aludido se puso en pie. Hinchó el pecho y agitó los brazos, como

si quisiera inhalar aire. Sólo dijo:

-Tú eres el piloto rubio... ¡Pero te aplastaré!

Cuando se lanzó hacia Ritter, fue el pie de éste, volviéndose y pegando una coz hacia atrás, el que golpeó el estómago de Nrimo. Pero esta vez el gigante actuó rápido también, asiendo a la extremidad de su castigador.

Naturalmente, Arno fue a dar de bruces al suelo. Lo que más temía el germano era que su adversario se pusiera a dar gritos llamando a sus secuaces. Pero enfrascado en la lucha, cegado por los golpes recibidos, y triunfante, al ver caer a su enemigo, Nrimo no pensó en esto. Quería destruir con sus propias manos a Ritter.

Se arrojó, por así decir, sobre el terrestre caído ¡Y chasco! Fue a golpear contra el suelo, donde había estado Arno una décima de segundo antes.

Ahora se volvía el luchador rubio, aún tendido en tierra, y pegaba al ojo del gigante. La sangre viscosa de Nrimo salpicó el puño de Arno.

Otro puñetazo con la izquierda... ¡Otro! Arno estaba ya en pie y ayudaba a Nrimo a levantarse, mientras éste se frotaba el rostro. De nuevo machacó el puño del «Gladiador Germano» sobre aquel rostro duramente castigado. Mas en aquel instante, Nrimo se revolvió, medio cegado. Como un animal fabuloso y acorralado, lanzó ambos brazos hacia adelante, sujetando de lleno a Ritter en el pecho y catapultándolo hacia atrás con la fuerza de un alud.

Arno fue a golpear con la espalda contra el muro rocoso sintiendo como si algo reventase dentro de él. La vista se le nubló. De un modo vago comprendió que había calibrado mal el estado físico de su adversario, arriesgándose a acercarse demasiado.

Y ahora, entre las brumas de su cerebro y la penumbra reinantes en aquel lugar -ya se había apagado casi a la roca desintegrada- vio la mole del gigante echársele encima. Un moribundo reflejó actuó en él y se echó a un lado, casi sin fuerzas.

El ímpetu de Nrimo atacando era demasiado fuerte. Y cuando, en el último instante, le falló su presa, no pudo desviarse, yendo a golpear de manos y frente contra el muro. Allí quedó aturdido y rugiendo.

Se volvió hacia Ritter. Este lanzaba el pie de nuevo con poderoso instinto de conservación. El lugar donde impactó el pie calzado debió ser muy sensible para el venusiano, en el bajo vientre, pues se retorció y cayó fulminado al suelo, donde quedó hecho un palpitante ovillo.

Arno se pasó entonces la mano por la frente.

La lucha había sido breve, pero endemoniadamente dura y veloz. Los escasos golpes fortísimos, pues de haberlos recibido alguien que

no fuese Nrimo o Ritter seguramente habría quedado desmadejado o muerto.

Más, al ver a su adversario derrotado a sus pies, dio a Ritter una lucidez mental formidable. Fue en busca de la pistola atómica. Tomó también su portabagajes y luego arrastró a Nrimo hasta un lugar envuelto en sombras y piedras, donde empezó a maniatar al forzudo antes de que pudiera recobrarse.

-Ahora nos iremos de aquí. No sé donde, pero buscaré un lugar para que tu gente no pueda encontrarnos... ¡Perdona que te sujete tanto lo hago por miedo a que te recobres! No tengo intención de repetir contigo esa lucha... ¡Uf, que tipo más duro!

Nrimo quedó sujeto de pies y manos. Luego, tras haber recobrado el aliento unos minutos, Arno se echó el pesado fardo, no sin trabajo, al hombro y se alejó tambaleándose por uno de los pasos entre rocas.

De aquel modo, cuando hubo andado más de media hora, y viendo que Nrimo se agitaba demasiado en su hombro y gemía bajo la feroz mordaza que le puso sobre la boca, se detuvo y dejó caer al prisionero a tierra. Luego, asió la linterna y la pistola atómica y miró en derredor.

Una gran losa irregular había caído ante una grieta del muro. Arno se había dado cuenta de que las grietas y las fisuras abundaban mucho en aquella singular montaña. Pero como desconocía el proceso geológico que la formaba no se entretuvo en averiguarlo. Ladeó la losa y vio que la ranura permitía el paso a una especie de túnel estrecho y alto.

Allí arrastró a su víctima, sin muchos miramientos y luego fue hacinando piedras en la entrada para obstruir el paso. A continuación arrastró a Nrimo dentro del túnel, todo lo que pudo, y se sentó sobre el pecho de su prisionero.

Entonces, encendió de nuevo la luz y, alumbrando al rostro descompuesto y ensangrentado de Nrimo, le quitó la mordaza, preguntando:

-¿Qué tal te encuentras, amigo?

-¡Te..., te... mataré..., te mataré, extranjero!

-Bueno, cálmate y no te excites. Estoy seguro de que no podrás romper las ligaduras. Son de una fibra de acero flexible que te segaría pies y muñecas antes de romperse. Por lo tanto, estoy seguro de que no vas a pegarme. Y como tampoco puede encontrarnos nadie aquí, te suplico que contestes a mis preguntas. Te conviene.

-¿Dónde está mi pistola? -preguntó a su vez Nrimo.

-La tengo yo, amigo. Pero no te la devolveré. ¿Dime, dónde está el cráter viejo? ¿Dónde está la muchacha rubia? Si me devuelves a la

muchacha rubia y me dejas retorcerle el cuello a Krox te devolveré la pistola.

-¿Y si me niego? -preguntó Nrimo, con ojos chispeantes.

-Entonces, te mataré y alguno de tus hombres me indicará el camino.

-Mis hombres no hablan tu lengua, extranjero.

-Pero Krox sí... ¡Y sé que es tan cobarde que me lo dirá todo antes de perder su asqueroso pellejo!

Nrimo guardó silencio durante un rato. Había entornado los ojos, cegado por el rayo de luz, y Arno se balanceaba rítmicamente sentado sobre su pecho a consecuencias de la jadeante respiración del gigante.

-Yo no soy ningún criminal, forastero -dijo al fin Nrimo-. Huí de Kach porque el Gran Glol me odia y quería enviarme a los colonias de deportados. Tuve que huir y refugiarme en esta montaña. Amigos leales de las aldeas ribereñas se han unido a mí. ¡Tengo un grupo de más de mil pardos que me siguen y con ellos y otros miles más haré morder el polvo al miserable Gran Glol!

-Eso a mí no me importa... -empezó a decir Ritter.

-¡Calla y escucha, intruso terrestre! Mi lucha es sagrada. Pero no puedo traicionar a Krox porque se ha comprometido a darme armas a cambio de cierto material que su jefe ambiciona. ¡Son armas para luchar contra el Gran Glol lo que yo ambiciono y deseo! ¡Armas que me liberen de esta montaña!

-¿Es que no sabes que el Gran Glol pertenece al Consejo Interplanetario? -atajó Ritter-. Si te sublevas contra él, los demás planetas le ayudarán.

-¡Lucharé contra todos ellos, si es preciso! ¡Mi pueblo no puede venderse como se ha vendido al canalla Glol! Yo quiero armas y por eso no traicionaré a Krox. El y su jefe terrestre me las facilitarán. ¡Miles de rifles atómicos! Por eso no le puedo hacer traición.

-Pero si yo te mato por no hablar, ¿de qué puede servirte tu odio al Gran Glol, Nrimo? -preguntó Ritter sonriendo.

El otro abrió los ojos y los volvió a cerrar. El estupor se reflejó en su rostro machacado. Y dijo con voz ronca:

-No, no me mates... Tienes razón. Si yo muero el maldito Glol se burlará de mi cadáver... ¡Te ayudaré a cambio de mi vida! ¡Traicionaré a Krox y a su jefe!

-Bien, Nrimo. Yo en cambio, cuando haya terminado esto te daré un buen consejo. ¡Puede que con él veas a tu enemigo muerto y puedas reírte de él muchos años, créeme! Ahora, sólo te soltaré los pies...

CAPÍTULO VI

La idiosincrasia de los venusinos era materia de profundos estudios en los etnólogos terrestres. La compleja psicología de las distintas razas de Venus era difícil de definir. Incluso entre los mismos «kachs», o pardos, las características síquicas o anímicas eran tan distintas como lo pueden ser en la Tierra, actualmente, un centroeuropeo y un esquimal.

Había «kachs» de mentalidad simple. Pero los había también de espíritu retorcido y sutil.

Nrimo, jefe de los hombres cabras, era un individuo simple. Bravo y tenaz, sólo vivía con una idea fija: la de exterminar al Gran Glol. Las razones que tenía para ello ni él mismo podía definirlas con claridad.

En cambio, otro sujeto, completamente distinto a Nrimo, era Vaal. La mentalidad de éste era retorcida, astuta, y sabía lo que deseaba y los medios para conseguirlo.

Vaal iba muchas veces a Kach, la capital de Venus, y vivía en constante intriga. Le favorecía el hecho de haber sido uno de los elegidos en los intercambios culturales cuando estudiaba en M’mo, otra importante ciudad venusina. Por ello viajó hasta la Tierra, estudió varios años en Nueva York, Roma y París, pudiendo comparar las condiciones de vida de un planeta y otro, así como de unas razas y otras.

Vaal llegó a la desagradable experiencia de que, pese al trato correcto de los que debían corresponder al intercambio cultural, en la Tierra existían hondas raíces xenófobas. Captó entre estudiantes y personas civiles miradas de desdén irreprimibles, incluso intuyó el desprecio al color pardo de su piel y a su raza.

Aún más, Vaal hubo de escuchar de labios de un sujeto de origen árabe las siguientes palabras:

-¿Un «kach» pardo de Venus? ¡Puaf, sois carne de esclavos! ¿Intercambio cultural? ¡Camamas! ¡Gentuza del subsuelo!

La rabia más intensa corroyó el intelecto de Vaal. Sufrió mucho en cinco años que estuvo en la Tierra. Pero la mayor parte del tiempo estuvo estudiando para hacerse superior a sus condiscípulos. Él no acudía a fiestas ni a recepciones. Quería saber más que los terrestres.

Consiguió aprender mucho. Pero no pudo vencer su odio. Luego, regresó a Venus.

Pronto vio cual era su objetivo: Consejero del Gran Glol. Empero, su ambición le delataba. El delegado diplomático de la Comisión Interplanetaria terrestre vio un peligro en Vaal. Por esto lo hizo narcotizar y someterlo a un tratamiento sicoanalítico. El cerebro de Vaal quedó al descubierto, así como sus ambiciosos planes.

La acusación que se le hizo fue tajante:

-Vaal de M'mo odia el progreso y las relaciones pacíficas entre razas. Ha estudiado intensamente para ocupar en Kach un alto cargo directivo, junto al Gran Glol a fin de influir en una ruptura de relaciones con la Tierra.

»Si sus planes tuvieran éxito las consecuencias serían funestas para nuestros dos planetas, inclusive para otros mundos del sistema. Su odio es una enfermedad nociva que debemos extirpar. Es un inadaptado a las leyes y a las costumbres pacíficas de nuestra época.

»Su Eminencia, no obstante, decidirá.

El Gran Glol, en el fondo, no era tonto. Pero no podía luchar contra el poderío diplomático y militar de la Tierra. Diez mil millones de seres eran demasiado para los cincuenta millones de venusinos.

-Sí -no tuvo más remedio que admitir-. Vaal de M'mo es un traidor en potencia a nuestros tratados y debe ser castigado. Lo deportaremos...

¡Pero Vaal huyó! Recibió ayuda de sus propios compatriotas. E, interiormente, el Gran Glol se alegró, de ello.

Vaal huyó a los pantanos y no tardó en unirse a Nrimo. En éste vio Vaal cera moldeable para sus planes. Nrimo era el paladín, el hombre respetado de los «kachs» de Hugtix y las aldeas de la ribera; pero él podía ser la invisible mano directora. Era fácil convencer a Nrimo, era fácil persuadirle para hacer tal cosa o tal otra. Además, si un día Nrimo llegaba a ocupar el sagrado sitial del Gran Glol -¡nada descabellado viviendo en Venus!-, Vaal podría dirigir la política exterior.

Nrimo sabía ganar adeptos. Convencía a los pardos con su sola presencia, con su gigantesca figura. Y Vaal conocía la mentalidad de su pueblo.

¡Qué distintos eran Vaal y Nrimo!

Fue Vaal quien, en uno de sus clandestinos viajes a Kach, en busca de prosélitos y armas para los rebeldes refugiados en «Jui-mal-gnos», conoció a Krox, otro intrigante, aunque de menos talla que Vaal.

Y Krox sabía quién podía ofrecer armas a los hombres cabras de la montaña sagrada. El sobrenombre de «cabras» lo llevaban los seguidores de Nrimo con agrado; ellos mismos se lo habían puesto dado el lugar en que vivían. Ni que decir tiene que las cabras

monteses del «Jui-mal-gnos» ya habían desaparecido muchos años antes.

Del encuentro entre Vaal y Krox, en los suburbios de Kach, surgió un extraño pacto. Krox siempre sería siervo; pero sabía qué dueño le convenía más.

Y «Gladys» le tenía como hipnotizado.

Hablaron mucho, durante varios días -largos días de Venus-, hasta que se pusieron de acuerdo. «Sirta» a cambio de rifles atómicos. Vaal meditó profundamente. Podía proporcionar al jefe de Krox cien kilos de «sirta». ¡Nada más! El resto se la quedaría él. Si en verdad poseía las propiedades descritas por los científicos terrestres podía ser uno de los hombres más importantes del universo.

A cambio, el jefe de Krox facilitaría diez grandes naves de guerra y cincuenta mil rifles atómicos. Era lo tratado. La fecha del intercambio se aproximaba. Se había calculado el tiempo con meticulosidad.

Lo peor fue que se inmiscuyeron dos seres extraños. Fue «Gladys» quien los hizo ponerse en contacto con Krox. De esto Vaal no sabía nada. Sólo le dijeron que pertenecían al «S.I.E.», y que debían morir a su llegada a «Jui-mal-gnos».

Vaal se encogió de hombros. «Los mataremos», dijo. Empero, a la hora de la verdad, la superstición de Nrimo vino a modificar algo las cosas.

-¡No, Vaal; no matemos! La sangre vertida llama a la nuestra. Aunque hayas estado muchos años en otros mundos no debes olvidar nuestras costumbres y tradiciones. Los «kachs» no mienten ni matan.

-¿Cómo vas a vengarte del Gran Glol, Nrimo? -preguntó Vaal astutamente.

-¡Nrimo no matará a Glol...! ¡Lo encarcelará!

Fue precisa toda la sutileza de Vaal para persuadir a Nrimo de que con sensiblerías no se podía vencer al enemigo. Todos ellos eran perseguidos...

-¡Y si nos apresan las tropas del Gran Glol no vacilarán en matarnos! Nosotros hacemos esto a cambio de armas. Tenemos necesidad de ir a la guerra. ¿De qué me ha servido, entonces, convencer a los santones de las aldeas para que prediquen la muerte santa de la liberación?

Nrimo hubo de bajar la cabeza. Pero a última hora no tuvo valor para matar a Lorna. Dio órdenes a sus vigilantes de matar a los terrestres. Sin embargo, su corazón estaba oprimido al decir tal cosa. Y a Lorna ordenó dejarla abandonada en las grietas del cráter viejo, cerrando la única salida que existía. De aquel modo no podría salir jamás con vida.

Fue todo lo que Vaal pudo conseguir. En fin de cuentas, era lo mismo.

Vaal se limitó, pues, a obedecer a Nrimo. Se apoderó del «aerobús», lo llevó al cráter viejo y fingió una comedia para engañar a Lorna. Fue él quien sujetó fuertemente a Jean Verteau, tapándole la boca, y retrocediendo hacia la salida. Al poco se les reunió el pardo que iba delante de Lorna. En su lenguaje dijo a Vaal:

-Ya está sola. ¿Cerramos ahora la salida?

-Sí -respondió Vaal, aún sujetando al francés, quien forcejeaba para soltarse-. Luego emprenderemos la gran aventura a las entrañas de «Jui-mal-gnos».

Y, dirigiéndose a Jean Verteau en inglés interplanetario, agregó:

-Le conviene estarse quieto, terrestre. No se preocupe de esa muchacha. ¡No saldrá jamás de ahí! En cambio, usted vendrá con nosotros a buscar la «sirta». Y si no hace lo que yo le diga le mataré.

Acto seguido, Vaal soltó a Jean. Este retrocedió hasta tropezar con un pardo vestido de pieles que permanecía inmóvil a su espalda. Aquel sujeto era Nrimo, que dijo con voz opaca:

-Llévatelo, Vaal. Ya conoces mis instrucciones. Yo voy a volver por el sendero hasta el campamento.

Naturalmente, Jean Verteau no entendió nada de aquellas palabras guturales. Pero sí entendió al empujón violento que le dio Vaal, a la vez que decía en inglés:

-«Come on!» (Vamos).

Y Jean Verteau regresó al «aerobús».

* * *

No supo el francés dónde le habían conducido. Ni siquiera pudo calcular el tiempo que estuvieron volando en el aparato robado en Kach. Todo le parecía una pesadilla esotérica. Sumergido en mil cábalas y suposiciones distintas, pensando pros y contras, perdió la noción del tiempo.

Al fin el «aerobús» se detuvo de nuevo. En esta ocasión, Vaal dejó encendidos los grandes focos del aparato volador. Y pudo ver en torno a él a diez robustos pardos equipados con uniformes miméticos de acerada fibra. Parecían soldados del ejército colonial, pero sus rostros les denunciaban como pardos.

Hablaron con Vaal en lenguaje venusino. Gesticularon y luego miraron a Jean Verteau.

-Bueno, señor francés -dijo Vaal-. Ya hemos llegado. Estos hombres y yo seremos sus acompañantes. Por este precipicio descenderemos a las entrañas del planeta. Habremos de descender más de diez mil

metros. ¡Pero ha de ser usted quien dirija la operación! Tengo entendido que los accesos a Sirta, la ciudad sepultada, son fáciles; pero necesitamos su colaboración. Es preferible que sea voluntaria; pues si nos obliga a ser duros con usted lo sentirá mucho.

Jean miró en derredor. Los pardos vestidos de pieles y los ataviados con uniformes miméticos ofrecían un marcado contraste. Sin embargo, estos últimos daban la sensación de ser individuos más ágiles y decididos. Pronto comprendió la razón.

-Estos muchachos han sido elegidos por su capacidad física. Se les ha equipado para esta misión. Ahora voy a equiparme yo y a traer algunas armas. En cuanto esté listo iniciaremos el descenso. Llevamos todo el material que tenían ustedes en el aparato.

No hubo opción. Jean Verteau, el minerólogo, debía efectuar la aventura, pero sin las personas con las cuales había salido de Kach. Ahora le rodeaban un grupo de hombres hostiles, hombres que ni siquiera hablaban su lenguaje, y que le vigilarían, dispuestos a matarle si intentaba hacerles alguna jugarreta.

Vaal se alejó. Estuvo unos minutos dentro de una especie de caseta de piedras, al borde del precipicio, de donde salió, al poco, vestido con uno de aquellos uniformes de buzo. Arrastraba un gran saco detrás de él. Al abrirlo, aparecieron cascos de espeleólogo, con linternas eléctricas, y luego cinco estuches con cinturón, en los que se guardaban armas electrónicas.

Al repartir aquellas armas entre sus hombres dijo Vaal:

-No hay para todos. Por eso nos moveremos por parejas. Y no vaciléis en disparar sobre el extranjero cuando veáis que intenta huir y dejarnos en las profundidades. Vigilar bien.

También entregó a cada uno de los sacos desinflados que llevarían a la espalda para transportar el material «sirta». En bolsas especiales del uniforme llevaban todos los alimentos y los equipos para el descenso.

-Adelante -terminó Vaal.

Se prepararon cuerdas. Jean tuvo que examinar el terreno. Vio que el principio era una fisura, especie de grieta en el suelo, de unos doce pies de ancho. Por allí no podía descender el «aerobús».

-¿Estás seguro que éste es el camino? -preguntó Jean a Vaal.

-Sí. Nuestros antepasados de Hugtix así lo dijeron. Lo que no comprendo es cómo pudo salir nadie por aquí. Sin embargo, dicen que éste fue el lugar por donde salió Hugtix hace muchísimos años.

Jean no dijo nada. Sacó su linterna y alumbró abajo, viendo el sombrío fondo. La altura de aquel abismo no era superior a cincuenta metros, y formaba como un paso, en ambas direcciones, cuyo fin no se

descubría a simple vista.

-Bueno, bajemos.

Se incrustaron los pivotes de acero y empezó el descenso. Primero lo hizo un pardo armado con una pistola desintegradora. Luego, su compañero; entre los dos debían vigilar los primeros pasos de Jean. Luego, le siguieron el francés, Vaal, y los otros ocho pardos.

Arriba, recortados por los focos del «aerobús» quedaron los pardos vestidos de pieles, muchos de cuyos rostros habían cambiado de expresión y mostraban un gesto estúpido que venía a representar su asombro y temor, mezcla de superstición y admiración.

Sí, los pardos eran muy simples.

De aquel modo empezó el descenso. Mientras terminaban de deslizarse sus captores por la cuerda, Jean se dedicó por entero a su profesión. ¡É era el encargado de conducir aquel grupo de individuos a las entrañas del planeta! ¡Él tenía que descubrir una civilización muerta, una ciudad sepultada!

¿Encontraría también al tricéfalo descrito por Krox?

* * *

Arno Ritter poseía dos medios para convencer: la persuasión paciente y la razón de sus puños. Con Nrimo tuvo que emplear ambos métodos. No obstante, Nrimo estuvo dispuesto a secundarle.

En la mente primitiva de aquel cabecilla rebelde también había brillado una luz: ¡El terrestre fuerte podía ser un aliado! Si no lo era, no saldría de la montaña.

-De acuerdo extranjero. ¿Cuál es tu nombre?

-Arno Ritter.

-¿No se dan la mano los terrestres para ponerse de acuerdo?

Arno sonrió.

-Sí, lo hacen. Pero tú no eres terrestre. Además, prefiero más que tengas las manos atadas. Me sentiré más seguro. Ahora descansaremos unas horas y luego nos pondremos en camino. Me conducirás hasta el cráter viejo y luego iremos a donde Vaal, según has dicho, ha penetrado en la montaña con el hombre rubio de la Tierra.

-Comprendido. Esperemos que se haga el día.

Arno se había sentado en tierra y tenía la espalda recostada contra el muro. Ahora manejó su reloj emisor y dijo:

-Voy a conversar con una hermosa mujer, Nrimo. Mi voz le servirá de consuelo... ¿Lorna, me oyes?

-Sí, Ritter. ¿Dónde estás?

En breves palabras, Arno explicó a la agente del «S.I.E.» lo que había hecho, amén de todo cuanto le explicó Nrimo, y que no había

sido poco.

-Pronto te sacaré de ahí, Lorna. Procura dormir un poco. El jefe de estos montañeros rebeldes se ha comprometido a ayudarnos. Lo tengo prisionero y ya somos amigos... Atiende, Lorna. Krox trabaja para un hombre blanco que debe estar en Kach. ¿Qué te dice eso?

-¡Tiene que ser «Gladys»! -exclamó Lorna alborozada-. Ya suponía yo que no podía ser una mujer, a pesar del nombre. ¿Qué más, Arno?

-Gracias por llamarme Arno. Esto nos liga más, encanto mío. Krox ha prometido a Nrimo armas, muchas armas, y diez naves espaciales. Parece ser que Nrimo odia al protector de Venus, el Gran Glol. Ese jefe de Krox quiere que le entreguen la «sirta». Él sabía que tú y Hodinin erais del «S.I.E.», y en este viaje estabais sentenciados a muerte. El buen corazón de Nrimo, que siente repugnancia por verter sangre, te ha perdonado la vida, dejándote morir en ese agujero sin salida. Pero yo te sacaré de él... Jean Verteau es el único que les interesaba. ¿Lo contratasteis vosotros, verdad?

-Sí. Yo misma. Es el único hombre en Venus capaz de penetrar en la montaña. Él conoce los minerales y puede seguir una veta volcánica sin desorientarse. Jean estuvo en Júpiter muchos años. Pero no sabe nada de todo esto.

-Bueno -atajó Arno-. Haremos algo por él. ¿Cuál es tu plan?

-Descubrir a «Gladys» e impedir que la «sirta» vaya a parar a sus manos -respondió Lorna resuelta.

-Conforme. Cuenta con mi ayuda. ¡Pero que conste que lo hago sólo por ti, porque te quiero! Ni por todos los «S.I.E.» del universo volvería yo a luchar con Nrimo. Ahora descansa que pronto iré a buscarte.

Así fue. Pasaron las horas. Casi doce de ellas. Aún no había amanecido entre la escasa niebla, cuando Arno y Nrimo salían en dirección al cráter viejo.

El rebelde llevaba las manos sujetas a la espalda y Ritter empuñaba la pistola atómica y la poderosa linterna. Sin embargo, pese a ser captor y cautivo, hablaban como dos viejos amigos.

Nrimo explicaba cómo podía la configuración extraña de aquella enorme mole de piedra agrietada que era el macizo del «Jui-malgnos».

-Casi toda esta montaña está quebrada. Hay millones de rendijas verticales por todas partes. Donde las rocas se han separado se forman estos pasos descubiertos, por los que vemos las brumas del cielo. En otras partes, las grietas están cubiertas y forman galerías interminables. Por esta razón las tropas del Gran Glol no pueden venir a buscarnos aquí. No nos encontrarían nunca. Hace años que moro en

esta montaña y conozco casi todos los rincones.

-¿Y las fisuras del cráter viejo, donde está encerrada Lorna, no tienen salida?

-No. Al menos yo no la he encontrado nunca. Aquello es un laberinto. Pasas mil veces por el mismo lugar y ni siquiera te das cuenta.

-¿Cómo la encontraremos?

-Nosotros hemos marcado los pasos con señales especiales sólo conocidas nuestras. Ya verás como nos será fácil hallarla. Además, podemos guiarnos por las voces. Hay que conocer los ecos, claro está.

Anduvieron bastante; pero al fin llegaron al lecho del cráter, donde, alumbrándose con la linterna, vieron las huellas dejadas por «aerobús» al posarse en la arcilla arenosa blanda.

-Ahí es -dijo Nrimo, indicando unas grandes piedras planas junto al muro rocoso, y que cubrían una grieta en la roca.

-Yo las quitaré -dijo Arno, siempre precavido.

No le fue difícil encontrar un paso. Luego, llamó a Lorna por radio.

-Ya estamos a la entrada, Lorna. Presta atención a nuestras voces. Nrimo me guía. Él conoce el camino.

-Muy bien. No me moveré de aquí. Pero tendré la linterna encendida.

Nrimo pasó delante de Ritter y avanzó por el dédalo de grietas. De cuando en cuando pedía luz a Ritter para examinar los muros de basalto negro. Arno también se familiarizó con aquellas señales que parecían incisiones en la roca.

-Éstas son las señales...

-¡Lorna! ¿Nos oyes?

Nada. El silencio. Sin embargo, la radio animaba a Ritter, pues por medio de ella sí podía conversar con Lorna.

-¡Es raro, Lorna! ¿Dónde diablos estás?

-¡Eso quisiera saber yo! -respondió ella-. No me he movido de aquí. Estoy casi entumecida. Pero no veo luz por ninguna parte.

Nrimo dijo:

-Los caminos que sigo son muy profundos. Hace días que no he estado aquí. Y... ¡es curioso!, hace rato que no veo ninguna señal. Esto parece ser mucho más extenso de lo que yo creía.

Arno no dijo nada. Sin embargo, poco después, vieron la luz de la linterna de Lorna. Ritter corrió, adelantándose a Nrimo y gritó:

-¡Lorna!

-¡Arno!

Al instante, los dos se abrazaban llenos de emoción. A Lorna no le importó que él la besara en todas partes de su rostro. ¡Arno Ritter

significaba mucho para ella!

Sin embargo, frente a ellos, viendo sus manifestaciones de júbilo, Nrimo estaba preocupado. ¡Se preguntaba si ahora podrían salir de aquel dédalo intrincado!

CAPÍTULO VII

Te soltaré, Nrimo -dijo Arno Ritter con voz apagada-. No puedo hacer otra cosa. Sé que no me engañas... ¡Pero como intentes hacemos una jugarreta no vacilaré en matarte!

El «Gladiador Germano» había agitado la pistola ante el rostro crispado del cabecilla rebelde.

-¿Y qué podemos hacer? -preguntó Lorna.

-Seguiremos buscando. Creo que la salida debe estar en aquella dirección -Nrimo indicó con la cabeza hacia un punto del pasadizo agrietado.

Habían encontrado fisuras lo suficiente anchas para permitir el paso de una persona. Pero a medida que avanzaban por ellas se angostaban hasta impedir el paso. Entonces era forzoso retroceder.

Al fin, Nrimo se había detenido, completamente desorientado. Un temblor gelatinoso sacudió todo su cuerpo gigantesco.

-No podremos salir de aquí -murmuró.

Por esta razón, Arno Ritter decidió soltarle las manos. Luego, el germano se dirigió a Lorna.

-No quiero perderte de nuevo. Lorna. Esta cuerda es lo suficiente larga para no separarnos uno de otros y nos permitirá movernos con cierta soltura. Atémonosla a la cintura. Lo más que te podrás alejar de mí será cien metros.

-Yo también tengo otra cuerda -respondió ella-. Las podemos unir.

-Procura que no se enrede. Ahora yo seré Teseo y tú Ariadna. ¿Quién de los dos estuvo encerrado en el Laberinto de Creta? -preguntó irónico Ritter.

-Si no recuerdo mal, fue Teseo, al ir a matar al minotauro, para lo cual Ariadna le facilitó un ovillo de hilo. Luego escaparon juntos de Creta. Sin embargo, no fueron muy felices.

En la voz de Lorna había cierto deje de amargura. Parecía como si la historia de amor de la hija del rey Minos se estuviera repitiendo en ella de un modo análogo o parecido.

-¡Bah! Nuestro caso es bien distinto -argumentó Arno. Y apretó a Lorna por la cintura-. ¡Te quiero... Y te sacaré de aquí!

Siguiendo poco después uno de aquellos corredores se encontraron con un obstáculo distinto a los que habían encontrado hasta entonces: una de las fisuras estaba bloqueada por desprendimiento de rocas, y

no reducida de anchura como las otras.

-¡Eh, por aquí no hemos pasado aún! -prorrumpió Lorna que iba en cabeza.

Nrimo y Ritter se acercaron.

-¡Callad! -exclamó de pronto Ritter-. ¡Oigo cierto ruido!

Contuvieron el aliento y los tres creyeron escuchar algo así como sordos golpes. Luego cesaron éstos y no se volvieron a oír, por más atención que prestaron.

-¿Es posible que haya alguien al otro lado de este montón de piedra? -interrogó Ritter a Nrimo.

El gigante pardo movió negativamente la cabeza.

-Vaal y los otros están muy lejos de aquí. A más de tres días de marcha.

-¿Cuándo penetraron en la montaña? -insistió Ritter.

-Ya debe hacer tiempo. Pero no pueden estar por este lado. Habrían tenido que correr mucho.

Arno reflexionó. ¿Y por qué no podían haber encontrado un paso descendente que cruzase por aquellas cercanías? ¿Dónde estaban ellos, en realidad? La curiosa configuración interna de aquella montaña jamás vista, no tenía comparación con ninguna otra conocida de la Tierra. ¿Por qué no podían estar Jean Verteau y sus raptores cerca de donde estaban Arno Ritter, Lorna y Nrimo?

Y el joven germano decidió dejarse llevar por el instinto.

-Vamos a abrimos paso por ahí. Quitaremos esas piedras. Presiento que ahí tenemos la salida.

Nrimo y Ritter pusieron manos a la obra. Lorna también les ayudó en las piedras más pequeñas. Mientras trabajaban con ahínco, la muchacha se quedó examinando una de aquellas piedras con curiosidad. Luego, se acercó a una de las linternas que hacían luz en el suelo. Tras un detenido examen declaró:

-Diría que esta piedra no existe en la Tierra. ¿Qué puede ser? Además tiene todo el aspecto de estar quemada. No es carbón mineral, pero ha estado expuesta al fuego durante mucho tiempo.

-¿Bueno y qué? -exclamó Ritter irónico-. A nosotros nos interesa sólo escapar de aquí. ¡Animo, Nrimo; ya nos falta menos!

Pero hubieron de trabajar durante varias horas. Al fin, aunando los esfuerzos de los dos hombres, apartaron una gruesa piedra y vieron la continuación del pasadizo.

-¡Ya está... Lo hemos conseguido!

Luego, echaron a correr por aquel paso. Allí también se desorientaron varias veces, hasta que en una ocasión Lorna dirigió casualmente la linterna al techo descubriendo niebla en las fisuras

altas.

-¿Eh, eso no lo habíamos vistos antes? ¿Comunica con el cielo abierto?

Nadie pudo explicar el fenómeno. Lo que sí pudieron comprobar fue que, a medida que se adentraban en aquellos túneles a modos de grietas, la niebla se iba haciendo más baja, iba ocupando más espacio de las fisuras.

-Esto sólo puede indicar que estamos cerca de alguna salida y por ella penetra la niebla exterior. ¿No lo creéis así? -terminó Lorna.

Arno prefirió reservarse su opinión y Nrimo no dijo nada. Muchas veces no comprendía el modo de hablar de la mujer terrestre.

Sin embargo, no habían de tardar en conocer la respuesta. Al poco vieron que la niebla surgía de un pozo o precipicio en la que estuvo a punto de caer Nrimo, si Ritter no le avisa con un potente grito.

-¡Quieto ahí, Nrimo! ¡Ven y mira esto!

¡Lo que Ritter había descubierto era un pivote de acero incrustado en el suelo, y del cual pendía una cuerda fina, semejante a la que llevaban ellos, que iba a perderse en el pozo de la bruma!

-¡Esto ha sido fijado recientemente! -dijo Ritter-. O sea que Jean Verteau y sus compañeros han estado aquí y descendido por ese precipicio de niebla.

-¡Fantástico! -exclamó a su vez Lorna-. Esto significa que vamos hacia el centro de la montaña... ¡En busca de Sirta, la ciudad sepultada!

* * *

Era cierto. Jean Verteau, Vaal y los otros, al penetrar en la fisura del suelo, descendieron por una rampa de cuarenta y cinco grados. Luego tuvieron que descender con cuerdas otro precipicio. Fue al pie de éste donde encontraron el primer esqueleto fósil

¡Diez mil años habían transcurrido desde que murió aquel individuo, quizá al pretender escalar el muro de la liberación!

Verteau estaba impresionado. Era evidente que el esqueleto había pertenecido a alguien que intentó escapar de Sirta. Pero cuando ya tenía la libertad al alcance de la mano, debió despeñarse y morir. En aquel lugar donde no existía polvo, nada más que humedad, se había conservado perfectamente. Sin embargo, los huesos estaban estratificados.

¿Qué fenómeno tuvo lugar en aquel proceso de tiempo?

Nadie de los presentes, ni siquiera Verteau, podía explicarlo. Empero, era un espectáculo que los dejó a todos amedrentados.

El primero en reaccionar fue Vaal. Dijo:

-¡Ea, sigamos! Esto indica que estamos en el buen camino.

Fue preciso repetir lo mismo en inglés interplanetario a Jean Verteau para que lo comprendiera.

Continuaron. Al cabo de varias horas se encontraron en el lugar de las grietas negras. Fue entonces cuando Ritter escuchó los golpes de un pardo, marcando la roca por donde habían pasado, según ordenó Vaal.

Luego vieron la niebla, cada vez más densa. Jean Verteau dio la explicación exacta del fenómeno:

-Este pozo debe conducir a un lago o río de aguas calientes. Estamos demasiados lejos de la vertiente opuesta para que la niebla de la cima llegue hasta aquí. Además, no hemos descendido más de trescientos metros. Opino que debemos preparar las cuerdas y bajar a este pozo...

Vaal ordenó el descenso a uno de sus hombres. «De haber paso -le dijo-, tienes que tirar de la cuerda.»

Y la cuerda sufrió varias sacudidas.

-¡Abajo!

Descendieron hasta una comisa. La niebla era tan densa allí que apenas podían ver a más de un metro, pero el ruido del agua se hizo más agudo. De aquel modo, descendiendo por un estrecho paso, pegados al muro húmedo, llegaron hasta la orilla del lago de agua hirviendo.

-¿Cómo es que no hemos notado este calor? -preguntó Vaal a Verteau.

-Debe ser porque estamos sumergidos en ello desde hace rato. La diferencia de presión y la bruma caliente que respiramos nos impide darnos cuenta. Pero aquí debe hacer calor por encima de los treinta grados. De todas formas, no estoy seguro de nada. Ahora ni siquiera sé qué camino seguir.

Sólo había dos, en ambos sentidos al lago.

Allí fue donde perdieron a un hombre. El infeliz dio un resbalón y no pudo sujetarse a nada, yendo a caer dentro del agua. Su grito fue desgarrador. Cuando acudieron los demás y, con sus luces medio disiparon la bruma, no vieron más que el agua burbujeante.

Cundió el desánimo. Y Vaal gritó a sus hombres:

-No podemos hacer nada por él. Pero esto os demostrará que habéis de tener cuidado y mirar al suelo antes de avanzar.

Fue preciso desandar el camino. Por aquel lado no encontraron salida. Volvieron atrás y se dirigieron al otro extremo del lago. Allí vieron como el agua hervía menos y luego se encontraron con un suelo arenoso. Doscientos metros más allá, en una gran caverna

encontraron el segundo esqueleto. La diferencia con el primero era que éste apenas sobresalía del suelo, donde estaba estratificado.

-¿Qué te parece esto, extranjero? -preguntó Vaal a Jean.

-Me parece que estamos en el buen camino.

También notaron, a medida que se alejaban del lago, que la bruma o niebla se iba aclarando. Luego comprendieron la razón. Y era que el techo de la caverna se hacía cada vez más alto. Incluso llegaron a ver un punto luminoso en lo alto.

-¡Esto sí que comunica con el cielo abierto! -dijo Vaal.

-Pues es altísimo. Sigamos.

Al fin se despejó completamente la niebla. El ambiente se fue haciendo más seco, más frío. Llegaron a un punto donde había profundas chimeneas sin fin, irregulares, tenebrosas, como de tres o cuatro metros cada una.

-¿Y ahora qué? -preguntó Jean desalentado-. De aquí no podemos pasar.

-Sin embargo, los esqueletos indican que alguien salió de aquí... ¡De alguno de estos pozos! ¡Tenemos que descubrir de cuál!

Todos se pusieron a examinar los pozos con sus linternas. Al cabo de un rato, un pardo lanzó un grito:

-¡Vaal, aquí!

Al acudir a él le vieron arrodillado ante una abertura no mayor de un metro. Al mirar abajo vieron unas protuberancias que salían del muro, como si alguien hubiese ido clavando piedras para trepar por ellas.

-¡Claro que es esto! -dijo Vaal-. Por aquí debió salir el gran Hugtix. Y si él salió también podemos entrar nosotros. Además, fíjate que es el único pozo que parece tener corriente de aire.

Pese a que existían los salientes, Jean ordenó emplear las cuerdas. Se clavaron varios pivotes y los hombres empezaron a descender sujetándose a cuerdas y salientes de roca. Llegó un momento en que la longitud de las cuerdas se agotó. Fue preciso soltarlas de sus pivotes y clavar de nuevo más abajo.

Este descenso fue el más penoso. Todos aquellos hombres estaban temiendo el regreso. Tres veces se utilizó la extensión total de las cuerdas, lo que significaba que el descenso por el interior del pozo fue superior a los trescientos metros. Pero, al fin, sin ningún contratiempo, llegaron todos a una galería de origen volcánico. Esto lo reconoció inmediatamente Verteau sin gran esfuerzo.

La galería era irregular. A trechos amplia y en ocasiones estrecha, permitiendo apenas el paso de los hombres que reptaban. Siempre era en descenso. Tan largo fue aquel trayecto que Vaal ordenó detenerse a

descansar.

Calculado el tiempo que llevaban recorrido resultó casi de dos días terrestres: ¡cuarenta y ocho horas!

* * *

El mismo trayecto, pero en mucho más tiempo, recorrieron Lorna, Arno y Nrimo. Ellos encontraron los indicios dejados por sus predecesores. Y por tanto no les fue difícil descender por el pozo, aunque con sólo dos cuerdas hubieron de operar de modo distinto. El resultado fue el mismo. Primero descendió un trecho Arno luego le siguió Nrimo y por fin, haciendo paradas, descendió Lorna.

-¿Dónde conduce esto?

-Presiento que vamos camino de Sirta, la ciudad sepultada. Estoy ansioso por ver el tricéfalo -dijo Arno agitando la pistola desintegradora-. Tengo ganas de volarle las tres cabezas.

* * *

Tres mil metros por debajo de Arno Ritter estaba Sirta, la ciudad muerta. Era una extensa cavidad, de unos treinta metros de altura, cubierta en toda su extensión por columnas blancas de dos metros de diámetro que terminaban en el techo irregular de la caverna y que parecían sostenerlo.

Aquellas columnas habían sido las moradas de los antiguos «kachs» de Sirta. Todas tenían una cavidad semicircular, al modo de los «igloos» de los esquimales de Groenlandia, por las que se entraba en ellas. Escalas practicadas en el centro permitían subir a las treinta y tantas plataformas que tenían las moradas. En estas plataformas habitaron los antiguos pardos.

¡Ahora, en casi todas ellas, yacían esqueletos que con sólo tocarlos se convertían en polvo! ¡Gentes que murieron allí de inanición, al no poder abandonar sus moradas!

Incluso se llegaron a dar casos de canibalismo entre miembros de una misma familia. ¡Pero era una historia tan antigua! Lo singular era que el tiempo parecía no haber transcurrido en aquella ciudad de los abismos. Únicamente, la parte sur, la que daba a la ladera del «Juimal-gnos», frente al gran pantano verde, estaba hundida. La montaña se había desplomado y las columnas blancas no pudieron resistir el tremendo peso. Allí se cerró la salida de la ciudad de Sirta, pereciendo las familias más antiguas, los descendientes de los fundadores de la ciudad.

¡Pero dentro de la metrópoli había quedado aprisionado el

tricéfalo!

Allí estaba, inmóvil, alimentándose de sus ilimitadas reservas, aunque aletargado. Era una especie de reptil cubierto de gruesas y plateadas escamas, tenía patas como las del cocodrilo, que escondía bajo su cuerpo circular y extenso -¡de más de mil metros de largo!-, y que serpenteaba por entre las columnas que sostenían la bóveda de la inmensa caverna.

Aquél era el tricéfalo. Desde la cola a sus tres cabezas era preciso caminar más de un kilómetro. Al llegar a su otro extremo veíase el tronco dividirse en tres cuellos recios como el cuerpo de un hombre y, varios metros más allá, estaban las tres cabezas parecidas a la de una serpiente víbora, pero de dientes más afilados, más salientes. Aquellas cabezas eran gigantescas, pavorosas, incluso como estaban ahora, descansando en el suelo, con las fauces y los ojos cerrados.

El monstruo dormía desde hacía años, siglos. Su constitución y metabolismo no exigía alimentos. Si éstos faltaban, el monstruo se aquietaba, aletargándose. Nada trabajaba en él, ni un párpado siquiera. Por ello no necesitaba comida.

Podía aclimatarse a cualquier ambiente, tanto en el agua como en tierra. Y su nombre, según el lenguaje antiguo de los «kachs» era el de «Xit-hoi», que venía a significar algo así como Monstruo del Mal.

Se conservaban dibujos grabados en piedra de aquel monstruo antiquísimo, el único de su especie, y cuyo origen, según la leyenda de los «kachs» de Venus, se debía a que muchos miles de años atrás, una raza de hombres peces, habitantes de los mares del planeta, se sublevaron contra el Buen Dios. Enojado éste, convirtió a todos los rebeldes en un monstruo único. Y para confundirlos los había dotado de tres cabezas a fin de que ninguna se pusiera de acuerdo con las otras dos y estuvieran siempre discrepando.

Al mismo tiempo, el «Xit-hoi» habría de servir de peligro y advertencia a todos los moradores de Venus, a fin de orientarlos hacia el bien y respetasen al Buen Dios, de lo contrario se verían convertidos en un monstruo como aquél.

Y se decía que, habiendo sido malos los moradores de Sirta, el Buen Dios de Venus les envió a «Xit-hoi» como castigo, para que los destruyera.

En muchas aldeas de la ribera del gran pantano verde había santones que predicaban esta doctrina. Y, tanto «kachs» como «drots» lo creían, como también que el «Xit-hoi» había sido castigado a permanecer sepultado en el «Jui-mal-gnos» a fin de evitar sus apetencias devoradoras. Pero si los moradores de Venus ofendían a su creador, la montaña se abriría y el monstruo destruiría a todos los

habitantes.

Si era cierto como si no, allí estaba el tricéfalo, aletargado. No podía devorar nada. Todo estaba muerto en torno suyo. Sin embargo, los dormidos instintos del monstruo empezaron a vibrar.

¡Este fenómeno se producía al presentir el alimento!

¡Y era que dos grupos de personas iban aproximándose a él!

Dos días más, avanzando por los túneles y galerías que conducían a la ciudad sepultada, pondrían a la civilización moderna en contacto con la antigua. Y «Xit-hoi» volvería a rugir dentro de su encierro de piedra. Sus dentelladas habrían en engullir cuerpos enteros y el terror paralizaría los miembros de los atrevidos seguidores de Vaal, el hombre que no creía en leyendas y repudiaba las tradiciones de su pueblo.

Primero, el tricéfalo se agitó. Una vibración corrió a lo largo de su cuerpo como una ola transcurriendo por el mar. Fueron las escamas las que transmitieron la vibración. Glándulas olfativas captaron la presencia del hombre. Las tres cabezas se crisparon al unísono, moviéndose y distendiéndose los músculos de sus mandíbulas.

Luego se fueron abriendo los ojos lentamente. Al principio no se vio nada, luego brotó de ellos la luz. ¡Una potente luz verde que rasgó las tinieblas de la inmensa caverna -luz esmeraldina y sobrenatural a modo de foco- y permitió ver todos los rincones como a través de una pantalla de rayos «X»!

Así estuvo el monstruo de las tres cabezas durante un rato, enviando seis tremendos rayos de luz en distintas direcciones. Pero los ojos se cerraron de nuevo y la luz desapareció.

Acto seguido vibró de nuevo el monstruo, gimió débilmente y un estruendo parecido al trueno lejano invadió la ciudad muerta. ¡Xit-hoi» estaba despertando!

Ejecutó el tricéfalo distintos movimientos: se agitó, vibró, se estremeció, abrió sus tres bocas, sacó la serie de garras de bajo su cuerpo, abrió y cerró varias veces los ojos, emitiendo potentes rayos de luz.

Y horas más tarde se había desperezado por completo. Ahora, bajo la espectral y brillante luz verde se vio colgar de sus tres bocas una especie de lengua, larga y fibrosa, que se introdujo varias veces en las cavidades semicirculares de las moradas-pilares, como buscando el cuerpo de alguien a quien arrastrar hacia el interior de sus bocas horrendas.

¡Pero el tricéfalo sabía que el alimento se aproximaba!

El último de sus rugidos triples pareció desencadenar una aparatosa tormenta eléctrica, o mejor expresado aún, como si hubiera

detonado una bomba atómica de quinientos megatones.

¡El grupo de Vaal y Jean Verteau escuchó aquel rugido y palidecieron todos, aterrados! ¡Lorna, Nrimo y Arno Ritter también lo escucharon y a todos se les pusieron los cabellos de punta!

-¡El tricéfalo! -dijeron todos.

CAPÍTULO VIII

El monstruoso «Xit-hoi» poseía una sutileza muy agudizada. Sabía por donde había de llegar hasta él el hombre. Conocía la rendija horizontal, estrecha y larga por donde se le escaparon, miles de años atrás, varios individuos pardos.

Él no podía pasar su cuerpo y sus cabezas por allí y no pudo seguirlos. Tampoco lo intentó. ¡Pero si ahora el hombre venía hacia él lo apresaría!

Después de haber lanzado el rugido, el tricéfalo se tendió en el suelo. Pareció como si sus tres cabezas, muy juntas ahora, intercambiasen un mudo diálogo, poniéndose de acuerdo por vez primera para lo que convenía ante la temeraria proximidad del intruso.

¡Y del mudo coloquio surgió la retirada del monstruo hacia el extremo más distante de la gran caverna!

Ahora, «Xit-hoi» había cerrado sus ojos proyectores de luz. La tiniebla había invadido de nuevo la ciudad sepultada. Todo había vuelto a quedar en ominoso silencio.

La primera expedición mandada por Vaal de M'mo había quedado sobrecogida al escuchar el horroroso rugido. Los pardos se negaron a continuar por la galería descendente, Jean Verteau miró intranquilo a su captor.

-¿Qué ha sido eso?

-No lo sé -respondió el tortuoso Vaal, que ahora empuñaba su pistola electrónica-. Pero puede atribuirse a muchas razones...

-¡Es el monstruo! -exclamó uno de sus compañeros.

-¡Calla cretino! ¿Cómo puede haber un monstruo aquí? ¿De qué iba a vivir?

-¡El genio del mal no necesita alimentos! -agregó otro pardo, que temblaba de pies a cabeza.

-Será mejor que nos volvamos -expuso serenamente otro pardo, precisamente uno de los que habían conservado mayor serenidad durante los peligrosos descensos-. Nuestros antepasados no mintieron. El «Xit-hoi» debe estar ahí dentro. La leyenda se ha confirmado con este paso..., y el rugido demuestra que el tricéfalo ha husmeado nuestra presencia.

Vaal, empero, no estaba dispuesto a retroceder en aquellos

momentos. Le faltaba poco para conseguir el logro de sus ambiciones. Quería «sirta» para prolongar su vida muchos años. ¡Y quería armas para hacer la revolución en Venus!

-Habéis de seguir adelante -dijo fríamente-. El que intente retroceder es hombre muerto.

-¡Tú no puedes matar a tus semejantes! -exclamó aquel pardo del juicio sereno y los ademanes seguros.

-¿Que no?

Del cañón de la pistola de Vaal surgió un chisporroteo ígneo. ¡Y el pardo se contrajo, con una inverosímil expresión en el rostro! Luego cayó muerto al suelo. Tenía el pecho horriblemente perforado.

-Y el que no me obedezca correrá la misma suerte que él -terminó Vaal, dirigiendo ahora la pistola contra el compacto grupo de sus compañeros.

Luego, Vaal se volvió a Verteau y le dijo en lenguaje terrestre:

-Ya has visto, extranjero. Hay que seguir adelante.

Pálido como un muerto, el francés echó a andar, sin decir nada. Los otros pardos le siguieron. Cerrando la marcha, Vaal fue tras ellos.

* * *

Dos horas, después, Nrimo, Ritter y Lorna encontraron el cadáver del pardo horriblemente carbonizado.

-¡Dios mío! -exclamó Lorna, cubriéndose la boca con las manos.

Pero en la embotada mente de Nrimo surgió una verdad desconcertante. Exclamó:

-¡Vaal y los otros llevan armas! ¿Cómo es posible esto? ¡El único que tenía pistolas desintegradoras era yo!

-Sospecho que eres más ingenuo de lo que pareces, Nrimo -expuso Arno-. Y tengo el presentimiento de que tu amigo Vaal no es tan buen amigo como pretende. El tiempo lo dirá... Ahora propongo que sigamos. Ya no debe faltar mucho.

-¿Y por qué? ¿Por qué ha muerto este individuo?

-Tal vez porque se negó a seguir adelante -respondió Ritter al sorprendido y confuso Nrimo-. El rugido que oímos era suficiente para amedrentar al hombre más templado.

-Como sea cierto lo que dices... ¡Vaal lo pagará caro!

El gigante pardo ya no volvió a pronunciar palabra durante tiempo. Avanzaba delante de Lorna y Ritter, a grandes zancadas, iluminándose por los focos de las linternas de los que le seguían.

De aquel modo, llegaron a una plataforma, sobre un abismo. Allí descubrieron peldaños de antiquísimo origen, excavados por la mano del hombre, y ¡también huellas recientes del grupo que les precedía!

Incluso llegaron a ver en una ocasión destellos de luces al extremo de un túnel triangular y muy recto que descendía en declive al interior de la montaña.

-Curiosa configuración la de esta montaña. ¿Es que está toda minada? -preguntó Lorna.

-Todas estas fisuras y galerías son bocas de un volcán extinguido. También puede que un violento terremoto hendiera el terreno de este modo. ¡Qué lucha no tendría lugar aquí cuando se convulsionó la montaña!

Nrimo, sin prestar atención a esta charla, avanzaba rápido.

Llevaban ya casi cinco horas, desde que encontraron el cuerpo del pardo desintegrado cuando ocurrió algo que estuvo a punto de costarle la vida a todos.

Arno los salvó con su rapidez de reflejos. Y fue que, al volver un recodo del estrecho paso, brilló ante ellos algo. Como Nrimo iba delante, el vertiginoso germano se lanzó sobre él y ambos cayeron rodando al suelo.

Al mismo tiempo, Ritter disparó su pistola desintegradora hacia el túnel, donde surgió un fogonazo cegador.

-¡Eeeeh! ¿Qué...? -empezó a gritar Nrimo.

Pero Arno lo arrastró hacia atrás, dejándolo a los pies de donde Lorna se había quedado como petrificada.

-¡Ya hacía rato que lo esperaba! -exclamó Ritter.

-¿Pero qué ha sido? -preguntó Lorna al recobrar la voz.

-¡Que nos han querido matar! -contestó Arno-. Saben que les vamos siguiendo. Vaal ha debido reconocernos y se ha emboscado en esa vuelta, disparando su pistola electrónica contra Nrimo. Pero yo vi a tiempo el brillo del disparo...

-¡Condenado! ¿Estás seguro que se trata de Vaal?

-¿Quién si no? ¿Te imaginas acaso que el Gran Glol va a estar en estas profundidades?

-Lo aplastaré... ¡Lo aplastaré como haya sido él!

En efecto, había sido Vaal. En cierta ocasión había escuchado ruido detrás de él. La distancia entre los dos grupos se había acortado. Por eso esperó en un recodo hasta descubrir a los que le seguían. No comprendió cómo habían podido llegar Nrimo, la muchacha y aquel extranjero desconocido, hasta tan profundo lugar.

Temió lo peor, y decidió eliminar sorpresas. ¡Si moría Nrimo tanto le daba! Así podía erigirse en jefe de los rebeldes. Además, el trato con Krox lo había llevado él.

Lo peor fue que quiso matar y estuvo a punto de ser muerto. Esto le produjo un miedo cerval. ¡Miedo a morir! El rayo que le disparó

Arno fue a golpear contra la roca a escasa distancia de su cabeza. Vio fundirse la piedra, chisporrotear, y huyó medio cegado.

Sus hombres le aguardaban a cierta distancia.

-¡Aprisa, que nos siguen! -gritó con temblorosa voz.

Y se produjo una precipitada huida. Al cabo de una hora se detuvieron todos jadeantes. Entonces, Vaal se llevó aparte a uno de sus hombres armados.

-Oye, Gik. ¿Tienes miedo al «Xit-hoi»?

El pardo afirmó con la cabeza.

-Pues vas a encargarte de vigilar este paso. No iras hasta Sirta, ¿comprendes? ¡Pero no debes dejar pasar a nadie!

El pardo sonrió y sacó la pistola de su funda.

-¡Nadie pasará! -dijo.

Vaal se acercó luego al grupo y dijo:

-Adelante. Gik se quedará aquí. -Y a Jean Verteau le dijo-: Ya podemos continuar, extranjero. Presiento que no debemos estar muy lejos.

Y se fueron. Seis horas más tarde, derrengados, asustados y casi desesperados, el grupo penetraba por la fisura y descubrían las columnas de la ciudad sepultada.

-¡Sirta! -exclamaron todos.

-¡Fantástico! -exclamó Jean Verteau.

A la luz de sus linternas, las moradas-columnas que parecían sostener el techo de aquella vasta población ignota dejó estupefactos a los pardos. Jean Verteau fue el primero en saltar abajo y correr hacia la primera columna, tocando con la mano izquierda el mineral que la componía.

-¡Esto es la «sirta»! ¡Todas las columnas son de «sirta»! ¡Mirad qué maravilla!

¡Al otro extremo de la caverna, confundido en las sombras, «Xit-hoi» aguardaba el momento propicio para caer sobre sus víctimas propiciatorias!

* * *

Gik era obediente. El miedo que tenía al fabuloso «Xit-hoi» le hizo prometer a Vaal que no dejaría pasar a nadie por el túnel negro. Estaba incluso dispuesto a matar si era preciso.

Pero al poco de quedarse solo en aquel pavoroso lugar empezó a dominarle el miedo. La linterna de su casco de acero hurgaba en todas direcciones destruyendo las tinieblas. Pese a mirar a todas partes, sólo estaba pendiente del camino que habían seguido para llegar allí.

Al cabo de un rato, bajo el casco, tenía los cabellos de punta.

Entonces, sintió un ruido. Su mano se crispó sobre el disparador de la pistola que empuñaba dispuesto a pulsar el botón de la muerte.

Pero frente a él, de entre las sombras, surgió una voz que le dijo:

-¡No dispares, Gik!

Al mismo tiempo, un potente rayo de luz cegó al pardo. Su grito fue horrible. El miedo le había minado la entereza. Tanto fue así, que la pistola electrónica que empuñaba se le escapó de la mano, rodando por el suelo.

-¡No, Nrimo; nooo!

Al instante, Nrimo y Arno Ritter le rodeaban. Detrás de ellos salió de una fisura del terreno Lorna Schatz. Pero fue la mano de Nrimo la que sujetó al pardo vestido con uniforme mimético.

-¿Qué haces aquí?

Gik lo dijo todo. Habló precipitadamente en su lenguaje gutural. A medida que iba hablando, la faz de Nrimo se iba haciendo sombría. Cuando Gik terminó de hablar, el cabecilla rebelde se volvió a Ritter.

-Tenías razón extranjero. Vaal es un traidor. Tenía armas escondidas. Y uniformes para formar un ejército. Él quería ser el amo de la rebelión. Ha estado Vaal reclutando gente a la orilla del lago Alk y en las aldeas ribereñas del gran pantano... ¡La mente de Vaal es tortuosa y maligna!

Lorna había tomado la pistola de Gik. Pero al verla, Arno dijo:

-Dásela a Nrimo, Lorna; como muestra de confianza... ¡Ahora va a empezar la verdadera lucha!

Se sentaron a cambiar impresiones. Gik seguía aquella extraña charla con los ojos muy abiertos, mirando estúpidamente a Lorna, a Nrimo y a Arno Ritter. Al fin, estos tres personajes se pusieron en pie.

-Seguiremos adelante -dijo Nrimo-. Y tú, Gik, irás delante de nosotros.

El aludido asintió.

-Vaal es un canalla y debe ser castigado. Cuando lo prendamos será entregado a las tropas del Gran Glol. ¡No quiero nada con traidores! ¡Vamos!

De aquel modo, siguiendo las astutas indicaciones de Ritter, para evitar sorpresas y nuevas emboscadas, en los puntos que él indicaba se arrastraba reptando como una serpiente, sin hacer el menor ruido, unido a la cuerda que sostenía Lorna por el otro extremo. Un tirón indicaba que podían seguir adelante. De aquel modo evitaban nuevas sorpresas.

Pero llegó un momento en que los cuatro se detuvieron al escuchar un espantoso rugido. Toda la montaña pareció temblar. Incluso, más apagado, llegó hasta ellos un espeluznante grito.

-¡Aprisa, corramos! -exclamó Ritter-. ¡Ha debido suceder algo!

Casi una hora más estuvieron corriendo. Durante todo aquel tiempo no cesaron los tremendos rugidos. Al fin empezaron a percibir una extraña luz verde y fosforescente. El terreno cambió, extendiéndose en forma de gruta de techo bajo y larga, y allí vieron algo horrendo, sobrecogedor.

¡El tricéfalo agitándose en violentas convulsiones y vertiendo un tremendo chorro de sangre por uno de sus cuellos!

Ante él, sobrecogido y cubriéndose el rostro con ambos brazos, en medio de un cegador rayo de luz verdosa había un hombre: un pardo vestido con uniforme mimético.

-¡Mirad! -gritó Arno extendiendo un tembloroso brazo.

Y de pronto, la cabeza que despedía aquel fatídico rayo de luz se abatió sobre la víctima paralizada.

¡El pardo desapareció, engullido por una boca monstruosa!

Luego el «Xit-hoi» rugió de nuevo y agitó su largo cuerpo. Vieron que la cabeza de cuyo cuello surgía la sangre a borbotones se arrastraba por el suelo. Pero las otras dos cabezas se agitaban violentamente de un lado a otro.

¿Qué había sucedido?

¿Qué pesadilla era la que tenían ante sí los recién llegados?

De pronto vieron a un hombre correr, protegiéndose los ojos. Pero tropezó contra una columna. Se levantó y volvió a correr, alocadamente, frenético, desesperado.

-¡Es Jean Verteau! -gritó Lorna.

El francés huía del monstruo, cuyo cuerpo se extendía a lo largo de la fisura, impidiendo la entrada a Ritter y sus acompañantes, e impidiendo la salida a los que habían entrado primero en la ciudad sepultada. La maniobra de «Xit-hoi» había consistido en confiar a los intrusos, dejarlos penetrar en la ciudad, y luego reptar por los extremos de la gran caverna, para ir a cerrarles la salida.

De aquel modo, cuando Vaal y sus acompañantes se dieron cuenta, ya estaban atrapados. Además, descubrieron demasiado tarde, que el monstruo despedía rayos de luz paralizante. Cuando alguien penetraba en el foco de luz de sus enormes demoníacos ojos, la parálisis dominaba al hombre, siendo víctima de una de sus mandíbulas de afilados colmillos.

Vaal, no obstante, en cuanto vio al monstruo, actuó aceleradamente y disparó su pistola, produciendo la terrible herida que «Xit-hoi» tenía en uno de sus cuellos. La contracción del monstruo fue sobrecogedora. Agitó su largo cuerpo y golpeó contra las columnas, quebrando a diez o doce de ellas al mismo tiempo.

Empero, vertiendo sangre, cayó sobre sus víctimas. Vaal fue el primero en caer, aplastado por una de sus múltiples garras. Luego pasó a la boca del monstruo. Los pardos, chillando enloquecidos, corrieron en todas direcciones. Pero el monstruo los fue cegándolos e hipnotizándolos con su misterioso foco de luz.

Aún quedaban dos o tres pardos cuando llegaron Arno Ritter y sus compañeros. También quedaba Jean Verteau quien corría alocado, huyendo de aquella pavorosa muerte.

Ritter comprendió todo esto en pocos segundos. También vio como una de las cabezas del gigantesco reptil se volvía hacia la fisura donde ellos estaban.

Y cuando Arno intentaba apretar el gatillo de su desintegrador, un cegador foco de luz le dio de lleno. Incluso su cerebro quedó paralizado. Su mano no tuvo fuerza para apretar el botón del disparador.

De un modo lejano escuchó voces... ¡Era Lorna!

Luego se sintió rodar por el suelo empujado violentamente por alguien. Dos fuertes manos tiraron de él hacia atrás. Los rugidos del «Xit-hoi» lo ensordecían todo. Sus alientos despedían un calor fétido, y un sudor pegajoso cubría el cuerpo de Arno Ritter.

¿Qué había sucedido con tanta celeridad?

Arno lo comprendió al instante, en cuanto abrió los ojos y vio el rostro de Lorna muy cerca del suyo, todos envueltos en aquella luz espectral.

-¡El foco del ojo del monstruo te envolvió cuando levantaste la pistola! -gritó Lorna junto al oído de Arno-. Quedaste paralizado. Y viendo que te iba a sujetar me arrojé sobre ti, empujándote, para sacarte del peligro.

-¡Pero si no podía alcanzarme! ¡Su cabeza no puede penetrar por la fisura... Ya me di cuenta de eso cuando me acerqué para asegurar el disparo!

-¡No, pero te habría alcanzado con la lengua! ¡Parecía un tentáculo rojizo y fibroso! ¡Ha sido horrible, Arno!

Nrimo y Lorna habían arrastrado a Ritter hacia atrás, a terreno más seguro, lejos del alcance de la lengua del monstruo. Pero éste, viendo que no podía hacerse con aquellas nuevas presas, reptaba hacia donde había desaparecido Jean Verteau.

Sus fabulosos e impresionantes rugidos lo ensordecían todo, y sus movimientos espasmódicos hacían vibrar el suelo. En uno de sus coletazos derrumbó varias columnas más.

En aquel momento, un pardo que se había refugiado en una columna salió a escape. ¡Pero tuvo la mala fortuna de caer dentro de

uno de los rayos de luz y se quedó como una liebre deslumbrada por los focos de un coche!

¡Un instante después, entre estremecedores gritos, el infeliz era engullido!

-¡Hemos de destruirlo! -rugió Arno Ritter-. Fuego contra él, Nrimo. ¡Acerquémonos al borde de la fisura y disparemos toda la carga de nuestras armas!

Nrimo, pese a todo, era un valiente. Y, sin decir palabra, recogió la pistola que había arrojado para acudir en socorro de Ritter; situándose al lado de éste.

-¡Vamos más cerca del saliente! ¡Dispararemos sobre las cabezas!... ¡Ahora, Nrimo!

Dos chorros de energía desintegrante surgieron de ambas pistolas. La de Ritter dio de lleno en la segunda cabeza del monstruo, haciéndole un enorme boquete sangriento. La otra cabeza se agitó violentamente, golpeó en el techo de la caverna y se escabulló al rayo destructor del arma de Nrimo.

Al mismo tiempo de recibir la espantosa herida, el monstruo se agitó en toda su extensión, coleteando de un modo increíble y golpeando y arrasando todo cuanto encontró ante él. Un inmenso crujido sonó dentro de la vasta caverna.

También el rayo de Nrimo, al fallar en la cabeza del monstruo, fue a impactar contra una columna vivienda, perforándola.

El suelo tembló. La confusión fue indescriptible. Por encima del estruendo, Arno creyó escuchar la voz de Lorna, gritando con mayor fuerza de la que podían sus pulmones:

-¡El techoooo, Ritter! ¡Se desploma sobre nosotros!

¡Algo se estaba hundiendo! La montaña entera parecía agitarse, el suelo agrietarse.

Pero el arma de Arno Ritter golpeó con su rayo desintegrante la restante cabeza del monstruo. ¡Aquello pareció convertirse en un cataclismo! ¡Todo el monstruo se contrajo violentamente y luego se distendió, golpeando furioso contra las columnas de «sirta» y contra la fisura estrecha donde estaban Ritter y sus compañeros, uno de los cuales, Gik, aterrado ante tamaña pesadilla, echó a correr hacia el túnel por el que habían penetrado en la fisura!

Pero en el mismo instante, toda la montaña pareció ceder, y ¡el techo de la galería se desplomó sobre Gik, aplastándole del mismo modo que una losa de mil kilos puede aplastar a una hormiga!

-¡Por aquííííí! -se oyó entonces una voz que en nada se parecía a la de Jean Verteau, en medio de la metrópoli sepultada-, ¡Venid por aquí! ¡Todo esto se desploma!

Arno Ritter comprendió el peligro y tomó a Lorna de la mano:

-¡Vamos hacia aquel otro extremo!

¡¡Esto significaba pasar cerca de donde el monstruo agonizaba y coleaba espasmódico y demoledor!!

CAPÍTULO IX

¡Aquello se había convertido en una hecatombe apocalíptica!

Por un lado estaba «Xit-hoi», con sus tres cabezas destrozadas, revolviéndose en fantásticos estertores de agonía. Toda su gigantesca naturaleza golpeaba, presa del furor más horrendo, contra todas partes: paredes de las columnas, techo y suelo de la caverna, contra el saliente donde estaba la fisura -¡y que a la vez se iba hundiendo!- y contra un pardo que salió corriendo de una entrada semicircular, al pie de una columna, para quedar aplastado contra otra, a consecuencias de las convulsiones del monstruo.

A su vez, comprendiendo el peligro que representaba estar en la fisura, Arno, Nrimo y Lorna corrieron y saltaron al piso rocoso donde estaba enclavada la ciudad, pasando como centellas a pocos metros de donde se agitaban las cabezas sangrantes del monstruo.

Ahora que la luz verde fosforescente había cesado, sólo la luz de las dos linternas que llevaba Lorna alumbraban el pavoroso lugar. También vieron a Jean Verteau corriendo y alumbrando con otra linterna.

¡Todos iban hacia el extremo de aquella iluminada cueva, como si algo instintivo les llevase hacia allí!

En aquel sector las columnas sostenían el techo, y parecía más seguro que el terreno destruido por los coletazos de «Xit-hoi». Sin embargo, pronto vieron que la hecatombe iba a ser completa. ¡Porque muchas columnas empezaron a quebrarse bajo el inmenso peso que gravitaba sobre ellas! Y las más altas se partían, doblándose, desplomándose!

El rugido de la montaña enfurecida, en cuyo seno se encontraban, iba en aumento. Ya no se podían entender de palabra. Además, no tenían tiempo para hablar, puesto que corrían todos con celeridad pasmosa.

¡Y, de repente, hubo algo que vino a disipar las tinieblas!

Parte del techo frontal, hacia donde corrían se abrió, permitiendo ver una resquicio de cielo nuboso, ¡de luz diurna!

-¡La bóveda se abre! -vociferó Ritter sin dejar de correr y brincar, pero sin apartarse mucho de Lorna.

Nadie le oyó. El rugido era tan intenso, cayendo toneladas de piedras dentro de la inmensa caverna, que nadie podía escuchar la

débil voz del hombre. En aquellos instantes todos actuaban por puro instinto de conservación. Aunque no existiera oportunidad de escapar, todos corrían.

Bueno, todos no. Uno dejó de correr cuando parte de aquel aluvión de rocas negras cayó sobre él, aplastándole materialmente, triturándole... ¡No dándole tiempo a comprender que había muerto!

Aquella víctima había sido Nrimo. Se había rezagado unos metros, detrás de Lorna, y el desplome pétreo no le dio tiempo a salir.

¡Detrás de los que huían, Verteau en cabeza, parte de la gran caverna se desplomó!

Sin embargo, ante ellos, la grieta del techo se hizo mayor. Ya sólo les faltaban unos quinientos metros para llegar a ella. El francés iba en cabeza, corriendo desesperadamente. Mas, de pronto, tropezó y cayó de bruces.

¡Ya no pudo levantarse! ¡Una columna de «sirta» blanca se desplomó, por la presión del techo, y buena parte fue a golpear sobre su espalda. El infeliz minerólogo reventó bajo aquel peso enorme.

Arno Ritter se detuvo al ver aquello. Lorna tropezó con él. Un instante después, al ver el techo desplomándose, junto a la cada vez más grande grieta luminosa del techo -¡la grieta de la libertad!-, el hombre y la mujer, despavoridos, se abrazaron estrechamente. ¡La muerte no podía tardar en producirse!

¡Era imposible escapar de aquella hecatombe!

* * *

Krox y el mayor Ngong-Huala habían salido del pequeño «helicobús», acercándose al principio junto al que aún estaba el «aerobús» que transportó a los expedicionarios. Varios pardos hablaron con Krox e indicaron la fisura que penetraba en la montaña.

-Dicen que Vaal y el hombre rubio de la barba penetraron por aquí con diez pardos -tradujo Krox, en cuyo cinto llevaba el cuchillo malayo que arrebató a Hodinin después de matarle.

De uno de los bolsillos de su clámide surgía el «parks», o la cerbatana venusina, de la que Krox era tan experto.

Asomada a la puerta del «helicobús», maravillosa y deslumbrante, estaba Arfa Ngong-Huala, una mujer con el corazón extraño como la montaña. Su sonrisa era irónica, despreocupada, mirando a Krox y al que pasaba como su marido con sus rasgados ojos algo burlones.

-¿Cuánto tiempo hace que entraron ahí? -preguntó el mayor Ngong-Huala.

Krox interrogó de nuevo a los pardos vestidos con pieles. Luego respondió:

-Tres días, amo.

¡Y fue en aquel mismo instante cuando la montaña dio su primer estremecimiento! El suelo se agitó, oscilando, y los pardos prorrumpieron en estridentes gritos.

Cuando se interrumpió la oscilación, Krox, que había caído al suelo, gritó:

-¿Qué ha sido esto?

-¡Un terremoto! -respondió el comandante en jefe de las Fuerzas Astronáuticas en Venus-. ¡Vámonos de aquí, pronto!

Y sin esperar a Krox corrió hacia el «helicobús». Krox se puso en pie y le siguió, llegando ambos al aparato en el mismo instante en que el suelo, y toda la montaña, temblaba con más violencia.

¡Pero el mayor Ngong-Huala y Krox no pudieron encaramarse en el «helicobús»! ¡De la portezuela, donde estaba Arfa, surgieron dos rápidos chispazos desintegradores y los dos hombres cayeron a tierra con los estómagos perforados!

Ngong-Huala, alias «Gladys», miró por última vez a Arfa. En sus ojos ya vidriados por la muerte surgió un interrogante:

-¿Por qué me matas tú? ¿Por qué?

Arfa sabía el porqué, pero no pudo entretenerse más tiempo. Todo el suelo temblaba. De un golpe cerró la puerta del vehículo volador y arrojó la pistola al suelo. Luego, de un salto felino, se sentó ante el tablero de control del aparato y lo puso en marcha.

-¿Creías que te iba a dejar escapar, miserable espía? -murmuró entre dientes.

Cuando el «helicobús» se remontaba entre la niebla de la montaña, aún tuvo tiempo de ver a unos cuantos pardos saltando como cabras, haciendo honor al nombre de rebeldes que ellos mismos se habían puesto, mientras el suelo se agitaba como sacudido por un gigante enfurecido.

También vio, fugazmente, como el suelo se inclinaba y el «aerobús» robado de la compañía en quiebra «Venus Crossin World Traveller» se desplomaba en la enorme fisura del suelo. Luego, Arfa ya no vio nada más.

Maniobró el aparato, alejándose de la cima. Luego, cuando supo por el orientador radarscópico que no había montaña bajo ella, pues se había alejado varios kilómetros, empezó a descender.

Quería bajar hasta donde la niebla no cubría el techo de la montaña. Tal vez viera lo que estaba ocurriendo allí. En lo más íntimo de su ser sabía que poco podía hacer por su compañera, la agente «Vera». «Zenith» ya sabía por Krox que había muerto.

Pero… ¿Y Arno Ritter la víctima de «Gladys» y los agentes del

«S.I.E.»? Al recordarle, la misteriosa Arfa sonrió. ¡Era un buen muchacho!

Descendiendo con el «helicobús» emergió de la nube de bruma. Entonces pudo ver parte de aquella atormentada montaña. Y justamente entonces, vio abrirse el suelo en una grieta que llegaba desde la falda de la montaña, varios kilómetros más abajo, hasta casi alcanzar la cima.

Sintiendo formársele un nudo en la garganta acercó su aparato a la grieta que se iba abriendo en la ladera. Un valle negro allá abajo le sugirió la idea de posarse para inspeccionar mejor.

¿Se habría abierto aquella brecha para mostrarle la ciudad sepultada?

Detrás de ella, al otro lado de los bosques, vio la verde extensión del gran pantano. Al otro lado el extenso lago de Alk. ¡Pero delante, la grieta que se iba abriendo con las convulsiones de la montaña, fascinándola!

-¡Qué espectáculo más impresionante!

Aquella singular mujer, uno de los miembros más sutiles, enigmáticos y activos del «S.I.E.», que no se impresionaba ante nada, había quedado sobrecogida ante el furor desencadenado por los estremecimientos de la montaña.

-¡Tengo que tomar fotografías de esto! -exclamó.

Descendió aún más el aparato. Los amortiguadores del «helicobús» casi tocaban las rocas de la ladera. El altímetro marcaba tres mil metros de altura. Y cuando buscaba su «receptor fotográfico tridimensional» en la valija que tenía colgada del asiento escuchó un fuerte crujido.

Miró por la ventanilla y vio una gran mole de piedra que se desplomaba hacia la grieta de la montaña. Sin embargo, llegó a un punto en que no pudo seguir cayendo y quedó incrustada en la grieta.

-¡Fantástico... Esa piedra debía pesar más de un millón de kilos!

Arfa, suspendida en el aire, dentro de su «helicobús» no percibía los estremecimientos del suelo. Pero sí veía temblar la tierra, las rocas, y abrirse más la grieta.

Así quedó, absorta, contemplando aquella convulsión geológica. Y vio que todo quedaba bruscamente quieto. ¡La desintegración del «Juimal-gnos» parecía haber quedado interrumpida!

-¡Allá adentro se ve algo blanco! ¡Parecen columnas volcadas! ¡Y es raro ver algo blanco donde todo es negro, quemado!

Arfa pensó hallarse ante Sirta, la ciudad sepultada. Pulsó un dial del control del aparato y éste descendió aún más, casi penetrando en la grieta. Ahora todo había quedado en silencio.

¡Fue en aquel momento cuando vio moverse algo entre las piedras! ¡La figura de un hombre! Le vio perfectamente, de espaldas, extendiendo la mano para que saliera de entre dos columnas blancas volcadas una segunda persona.

Una exclamación surgió de los labios de la mujer del peinado alto en espiral. Sus ojos negros relucieron y su boca se entreabrió.

-¡Caramba... Hay alguien con vida!

Arfa actuó de un modo rápido. Manejó varios mandos de su tablero de control y la puerta corredera del suelo se abrió; al mismo tiempo una escala de fibras metálicas flexibles descendió hacia abajo. Se asomó por el hueco y gritó:

-¡Eeeeh! ¡Los de ahí abajo! ¿Podéis sujetar ese cable? ¡Os sacaré de ese pozo!

Arno Ritter levantó la cabeza. Al mismo tiempo, Lorna había mirado hacia arriba, descubriendo el «helicobús», el cual evolucionada hasta el límite, de modo que la escala fue a golpear la roca junto a Ritter.

Un momento después, sujetando a Lorna del brazo, Arno asía la escala y gritaba:

-¡Arriba pronto... Este respiro no puede durar!

Sujetando a Lorna con un brazo, Arno se asió a la escala, la cual empezó a subir, accionada por el mecanismo del «helicobús». Estuvieron suspendidos unos minutos sobre aquel abismo negro y escalofriante. Luego, cuando llegaron a la puerta corredera del «helicobús», Arfa extendió las dos manos, arrodillada en el suelo, y sujetó a Lorna.

Al verse de cerca las dos mujeres, Lorna prorrumpió en una alegre exclamación:

-¡Irgen! ¿Es posible?

-¿Por qué no puedo estar también aquí?

Poco después, Arno y Lorna se dejaban caer en el suelo del «helicobús» y la puerta corredera del piso se cerraba. El aparato se remontó, manejado por aquella extraña mujer que no hacía mucho había matado despiadadamente a dos hombres, y en cuyo bello semblante aparecía ahora una sonrisa cordial.

-Me alegro de haber llegado a tiempo.

Allá abajo, en la montaña «Jui-mal-gnos», se escuchó un fortísimo estampido y una gran columna de niebla surgió de la grieta. Luego, un torrente de agua hirviendo se volcó como una catarata.

Pero el «helicobús» ya estaba lo suficiente lejos para considerarse a salvo, así como los tres pasajeros que iban en su interior.

Luego, volando sobre el Gran Pantano Verde de Venus, aquellos

tres seres se explicaron:

-Yo sabía quién era «Gladys» -dijo Irgen Mardevon-. Hace tiempo que le rastreaba, por así decir. Cuando el Mayor Ngong-Huala salió destinado para Kach, «Gladys» le suplantó. ¡Era un farsante completo!

«Todo lo tenía estudiado. Incluso se había hecho un rostro idéntico al del Mayor. Esto fue lo que me dio la pista. El doctor que efectuó la operación era amigo mío. Por esto sustituimos nosotros a la mujer del Mayor, quien había desaparecido durante el viaje a Venus.

»Luego, llegué yo, fingiéndome esposa del Mayor. Aquí le engañé. Él tuvo que aceptar aquel hecho, pues no me conocía. El trabajo mío consistió en buscar pruebas.

»Cuando necesitó los servicios de ti -Irgen señaló a Ritter, que escuchaba boquiabierto-, te montó aquel complot, en el que no tuve más remedio que actuar, para expulsarte de las Fuerzas Astronáuticas, de modo que pudieras conducir el «aerobús» que había de traeros aquí. Todo esto fue preparado por «Gladys» con meticuloso estudio. También supo que Hodinin y «Vera» -indicó a Lorna- estabais siguiéndole los pasos a la «sirta». Yo misma le hice actuar en ese sentido. Necesitaba desarmarle, hacerle cometer un fallo para delatarle.

»Pero «Gladys» no perdía la cabeza tan fácilmente y actuó según su plan primitivo. Ya tenía la colaboración de Krox. Además, sabía cómo manejar a los agentes del «S.I.E.» ¡Era un sujeto peligroso!

»El único error que tuvo fui yo. Siempre me tuvo por una frívola mujer, cuando era el más próximo adversario.

»Y si me presté al juego que condujo a tu expulsión de las Fuerzas Astronáuticas fue porque me interesaba. Yo también tengo mis métodos de trabajo.

»Al final, no tuve más remedio que matarle. De no haberlo hecho, habría escapado. Me costó mucho venir con él a esta montaña. No quería bajo ningún concepto. Su misión como Mayor Ngong Huala había terminado.

-Pero... ¿cómo es que Lorna no sabía nada de esto?

-Nosotros no sabemos nunca cómo actúan nuestros compañeros del «S.I.E.» -respondió Lorna-. Yo y «Zenith» empezamos el trabajo antes que Irgen Mardevon. Íbamos a oscuras. Sin embargo, desde los servicios de coordinación consiguieron otra información distinta, por eso enviaron a mi compañera.

-Sí -sonrió con tristeza la falsa Arfa Ngong Huala-. Casi siempre soy yo quien debe ejecutar a los enemigos a la Tierra. Dicen que soy una buena agente porque soy capaz de matar a un hombre fríamente... Reconozco que mi particular ventaja es que sé cuándo hay que matar.

¡Qué le haremos, es mi sino!

Arno Ritter se estremeció. Miró a las dos mujeres. Ambas eran agentes del «S.I.E.», sin embargo, eran muy distintas una de otra.

-Ha sido un milagro que pudiéramos salir de aquí. Creí que nuestro último instante había llegado cuando se desplomaron las columnas. ¿Qué pasó para que no se hundiera el techo completamente?

-Debió ser una gran roca que se incrustó en la fisura de la montaña -dijo Irgen-. Aquello debió contener el desplome total del techo. No creo que esté mucho tiempo allí... ¡Si es que no se ha derrumbado ya!

-¡Pobre Jean Verteau! -dijo Lorna.

-Sí, pobre muchacho. No era mala persona.

-Jean Verteau era mi compañero de trabajo -dijo Irgen-. También pertenecía al «S.I.E.» ¡Hemos perdido dos buenos agentes! ¡Él y Hodinin habían trabajado siempre muy bien!

-¿Jean Verteau agente del «S.I.E.»? -preguntó asombrada Lorna.

-Sí. Su nombre era «Galaxia III». ¿No lo hubieras adivinado nunca, verdad?

-¡No! -exclamaron Lorna y Arno Ritter al unísono.

-No os extrañe. «Vera» y yo nos conocimos casualmente en París. ¡Pero hay tantos agentes a quienes no conocemos! Lo importante es que «Gladys» ha sido eliminado. No creo que sepamos nunca para qué planeta trabajaba.

-¡Para Zánope! -exclamó ingenuamente Lorna.

-¡Bah! Zánope 33 es la sigla de su enlace. Corresponde a una espacionave sideral que transmite órdenes en los confines del espacio. Fue destruida hace unos días por las patrullas del cosmos, pero no se pudo averiguar de dónde procedía.

Irgen Mardevon se abrió de manos con desaliento y terminó:

-Bueno, nosotros hemos cumplido. Lástima que hayan muerto hombres como Hodinin y Verteau.

-También han muerto Vaal y Nrimo -expuso Ritter.

-Pero a esos nadie los echará de menos.

* * *

Arno Ritter reingresó en las Fuerzas Astronáuticas. Luego, se casó con Lorna Schatz en Berlín. Meses más tarde, un tribunal secreto lo admitía en el «Servicio de Investigación Espacial», donde ingresó con el nombre de un gran agente fallecido: «Zenith II».

Sin embargo, la misión que se le encomendó fue la de prepararse durante cinco años. Debía estudiar los métodos del «S.I.E.», y su mujer, «Vera», fue la encargada de adiestrarlo.

Mientras tanto, ambos vivían felizmente en una torrecita, próxima

al espaciódromo de Berlín, donde había sido destinado como Teniente Primero de las Fuerzas Astronáuticas.

Con el tiempo, el caso «Gladys» fue olvidándose.

Un año después de aquel hecho, Arno supo que una expedición de espeleólogos y paleontólogos había fracasado en su intento de penetrar en la montaña venusina del «Jui-mal-gnos». Al parecer no encontraron medio alguno de penetrar en la gran caverna. Millones de toneladas de piedra negra habíanse desplomado sobre ella.

Por su parte, en un informe secreto que consiguió la agente «Vera» y que comunicó a su marido, se decía que los rebeldes de Nrimo habían abandonado la montaña, reintegrándose a sus aldeas en las riberas del Gran Pantano Verde.

Un día, sentados en el solarium, Lorna y Arno hablaban de aquello:

-Irgen Mardevon es una gran mujer -dijo intencionadamente Lorna.

-Excepcional -admitió Arno-. Confieso que me gustó mucho cuando la conocí en Kach.

-Ha sido destinada a Saturno. Le han encomendado una misión peligrosa... Me temo que no saldrá bien del apuro.

-¿Qué es lo que persigue esa mujer en el «S.I.E.»? ¡He sabido que es millonaria!

-Sí. Su propósito es que la maten un día. Es una mujer muy extraña. Tiene unos setenta años, aunque aparenta tener veinte. Pero ha vivido demasiado, lo ha saboreado todo. Tanto es así que se ofrece voluntaria para la muerte.

-¡Pobre Irgen, la compadezco!... No sabía que era tan mayor...

-¡Tonto! -exclamó Lorna-. Sólo tienes tuyo el cerebro y te sorprende que los demás practiquen el rejuvenecimiento científico.

-¿Tú también estás rejuvenecida? -se alarmó Arno.

-No, yo no. En eso no puedo engañarte. Tengo el presentimiento que vas a ser papá pronto... ¡Esto de la maternidad es privativo de personas jóvenes! ¡No hay engaño!

Arno se inclinó sobre su esposa y la abrazó.

Dijo tiernamente:

-¡Te quiero, amor mío!

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE

	ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
	RUTAS DEL OESTE	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SEIS TIROS	Publicación quincenal	10 PTAS.
	HURACÁN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SIOUX	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPUELA	Publicación quincenal	10 PTAS.

GUERRA

	HAZAÑAS BELICAS	Publicación quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

	CIENCIA FICCIÓN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.

Notes

[←1]

Tugurio.